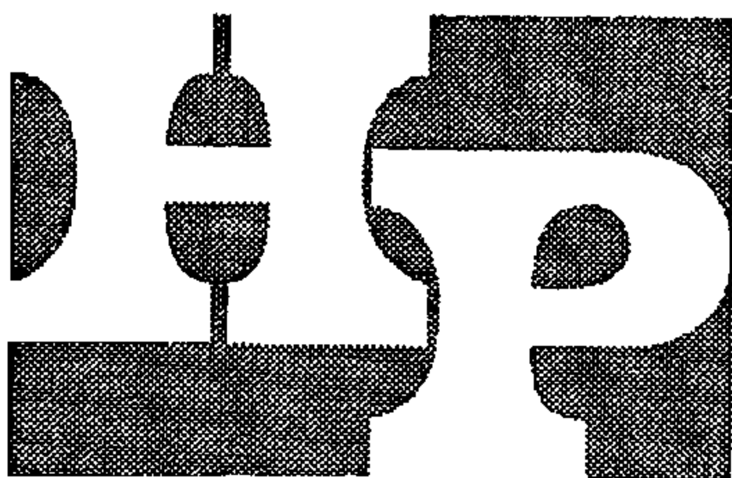


Silver Kane

LA TUMBA DE BILLY WILD

FABA





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LA TUMBA DE BILLY WILD

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 355
Publicación semanal

Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 34259-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: octubre, 1976

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

¿Quién era Billy Wild? Es posible que algún lector haya tropezado con su nombre, si por casualidad cayó en sus manos la historia titulada «El Oeste Negro», editada por el doctor Carpenter, de la universidad de Michigan, donde se habla de las más destacadas figuras en el campo de la delincuencia de la época. O bien si llegó a leer una curiosa serie de artículos sobre este personaje que publicó, hará unos ocho años, el «Chicago Tribune». Se habló, incluso, de que sobre él iba a hacerse una película, y hasta de que iba a dirigirla John Ford. Pero ya se sabe que los sitios donde corren rumores más extraños son los cuarteles y las casas productoras de cine, de modo que la noticia no pude verla confirmada.

En todo caso, Billy Wild es un tipo del que hay antecedentes copiosos en los archivos estatales de Denver, aunque los datos están llenos de contradicciones. Unos informes dicen que fue alto, rubio y de ojos claros. Otros lo sitúan como un hombre moreno, también de ojos claros, dueño de una excepcional fuerza física. El caso es que no existe —o no he visto—, ninguna foto del personaje, ya que en la época en que vivió, la fotografía era un arte aún en pañales y un tanto extraño como, por ejemplo, aún lo son entre nosotros los reactores nucleares.

En Nueva York, y en un libro que no estaba a la venta, vi cierta vez un dibujo de alguien que pretendía ser Billy Wild, pero no estoy seguro de que correspondiera a la realidad. El artista pudo haberlo inventado, o simplemente desfigurado para que resultase mejor. Desde luego, era un hombre corpulento, rubio y de ojos claros. El detalle de sus cabellos rubios resulta bastante constante en cuantas informaciones he obtenido de él, pero también me han asegurado que se los tiñó muchas veces durante sus trabajos, para no ser

reconocido.

También he visitado en Denver la casa donde nació, un pequeño edificio que se conserva milagrosamente entre dos grandes bloques de viviendas, y que no sé si a estas horas habrá sido derribado ya, desapareciendo con él los recuerdos y las leyendas. Los muebles tenían todavía todo el sabor de la época, y ni los cortinajes ni las alfombras habían sido cambiados. Aquellos objetos eran, ni más ni menos, los mismos que Billy Wild tocó en su primera juventud. La casa estaba llena de retratos de su madre, una mujer deliciosa, que murió muy joven —creo que a los cuarenta años—, cuando todavía era una de las bellezas más admiradas y deseadas por los hombres de la región.

Fue esa mujer la que dio motivo a la historia de Billy Wild.

Al narrarla me ceñiré a los hechos que he podido hallar comprobados al menos, en dos lugares distintos. Es posible que no todos sean exactos, porque ya he empezado diciendo que la historia aparece llena de contradicciones. Otros los he variado ligeramente, sin que perdieran su esencia, para que el relato resultara más fácil de leer. Y algunos personajes secundarios son inventados, aunque, por el papel que juegan en la acción, creo que bien pudieron existir.

La historia podría comenzar en muchos sitios, como por ejemplo en la propia tumba de Billy Wild. Pero para que sea más inteligible, la situaré donde realmente empezó: en una señorial mansión del sur, durante le guerra civil, antes de que Billy Wild naciera.

* * *

La mujer estaba en la ventana, recortando las flores que ya habían quedado mustias, entre las que adornaban su habitación. Era una deliciosa muñeca de diecisiete años, ya completamente formada y de líneas tentadoras y rotundas. No obstante, se veía en su rostro, en su expresión, que todavía conservaba las ilusiones de la niñez.

Cuando los jarrones de flores estuvieron arreglados, la muchacha abandonó su habitación y se dirigió a la enorme sala comedor que ocupaba toda un ala de la casa.

Ésta era suntuosa.

Edificada con arreglo al señorial gusto del Sur, que no buscaba la eficacia, sino la belleza, los detalles ante los que cualquiera se hubiese detenido extasiado, eran innumerables. Pero Annabel no les

prestó atención porque había estado rodeada de ellos desde que era niña. Silbando alegremente, montó en el pasamanos de las escaleras, como cuando era una chiquilla, y descendió al piso inferior.

Al estar a punto de caer sobre Nichols, el viejo mayordomo, lanzó una carcajada.

Nichols la miró, asombrado.

—¡Pero, pero, señorita…!

—¿Qué pasa? ¿Es que no puedo estar alegre, viejo pajarraco?

Nichols se irguió con dignidad:

—Le prohíbo terminantemente que me llame pajarraco, señorita Annabel. Ya es demasiado.

—Pues no sé cómo no te has aburrido antes. Te vengo llamando lo mismo desde que tenía tres años…

—Pero algún día me cansaré de verdad, señorita Annabel y entonces le daré una buena azotaina ahí.

Señaló la parte donde suelen pegarse las azotainas.

—Te guardarás muy mucho de meter la mano en una parte tan peligrosa.

Nichols rió.

—Le he dado más azotes… ahí, que su propio padre, señorita Annabel. Pero de eso ya hace mucho tiempo.

¡Y tanto tiempo! Una cosa que para Annabel parece no tener ninguna importancia.

La muchacha se volvió hacia la puerta del *hall*, donde acababa de sonar aquella voz.

Carol, la vieja ama de llaves, entró en la sala. Sólo al ver la postura de Annabel, ya había adivinado lo ocurrido.

—Annabel —preguntó secamente—, ¿cuántos años tienes?

—Tú lo sabes mejor que yo: Diecisiete.

—¿Y te parece que a los diecisiete años una señorita puede bajar patinando por el pasamanes de la escalera?

—¿Por qué no? ¡Lo he hecho siempre!

—¡Pero haciendo eso a los diecisiete años, una enseña cosas que no tendría que enseñar!

Y señaló la posición desordenada de su falda. Annabel, en efecto, no tenía reparo en mostrar hasta la línea donde terminaban sus medias, como si aquello no tuviera la menor importancia.

—Bueno… Todos me habéis visto nacer —dijo confusa.

—Lo cual no arregla las cosas. Una niña no es lo mismo que una mujer. ¡De modo que te prohíbo terminantemente que vuelvas a hacer eso!

Annabel iba a sacar la lengua a la señora como solía hacer siempre, cuando en aquel momento hasta los cimientos de la casa parecieron temblar.

Todos se miraron, espantados.

Algunos cristales saltaron hechos añicos, haciendo que vibraran los nervios de los que estaban allí.

Carol susurró:

—Dios mío…

Annabel dijo con un soplo de voz:

—Ayer se oían mucho más lejos…

—Pues ese cañonazo ha estallado a menos de cien yardas de la casa —murmuró Nichols mientras se sujetaba la boca para que no se notara el temblor de su mandíbula—. Eso significa que los nordistas ya están encima nuestro.

—Yo creí que… se desviarían en su avance —dijo Annabel, sin comprender aún—. Esto no tiene ninguna importancia militar.

Todos la miraron en silencio.

Parecían estar a punto de gritar, pendientes de que aquel cañonazo se reprodujera, después de una noche de absoluta calma, lo que les había hecho creer que el avance nordista se había desviado.

Annabel susurró:

—Además, no hay motivo para temer. No pueden hacernos nada, porque nosotros no tenemos esclavos. Papá es banquero. No es un sudista de los de látigo en mano, como los otros.

Nichols meneó la cabeza.

Aquélla no le parecía una razón suficiente.

Había oído contar muchas cosas, y sabía que entre los nordistas —quienes, sin duda, iban a ganar la guerra civil—, había de todo. Abundaban las tropas disciplinadas, pero también las bandas de forajidos con uniforme. Cualquier cosa podía suceder. La más probable de todas era que les destruyeran a cañonazos la casa, pensando que allí podían ocultarse algunas tropas.

Carol miró hacia el piso superior.

—Lo peor es que tus padres no estén ahora aquí, Annabel. Yo creo que volverán pronto, pero, por si acaso, vas a hacerme un favor: Quédate en tu habitación y no salgas.

Annabel hubiera refunfuñado en otra ocasión, pero esta vez no lo hizo. La verdad era que estaba un poco asustada.

—Bien… —dijo—. Pero cuando vuelvan mis padres me avisas.

—Descuida, lo haré.

La muchacha trepó alegremente por las escaleras, subiéndose la falda para moverse con más agilidad.

Nichols meneó de nuevo la cabeza.

—Esta pequeña no tiene remedio —murmuró.

—Ya no es tan pequeña. Debería portarse con más discreción.

—Aún conserva la alegría de la niñez —dijo pensativamente Nichols—. Y en realidad, ¿qué mal hay en ello? Yo creo que ése es su principal encanto. Me sabría muy mal que cambiase, porque, quizá, el día en que tenga que cambiar, será terrible para ella.

Annabel, mientras tanto, ya estaba en su habitación.

Tomó un caballete y unos pinceles, y se puso a pintar, que era su distracción favorita. Pintaba sin modelo, simplemente lo que se le ocurría. Algunos entendidos decían que tenía talento.

Poco a poco, iba tranquilizándose cada vez más.

No habían sonado nuevos cañonazos. Quizá el que tanto los asustó fue simplemente una bala perdida.

De pronto, oyó voces abajo. Una de aquellas voces, estaba segura, era la de su padre.

¡Por fin habían vuelto!

Ya empezaba a estar intranquila desde que él partió, con su esposa, para una visita a las sucursales del Banco, en zonas que, de repente, habían empezado a ser batidas por la guerra.

Estuvo a punto de lanzar un grito de alegría, y corrió hacia la puerta. La abrió.

Sin acordarse de las recomendaciones de Carol, montó sobre el pasamanos de la escalera y volvió a resbalar sobre él para llegar abajo. Lo que más le encantaba era tomar a gran velocidad la curva desde la cual se veía el vestíbulo. Y esta vez así lo hizo.

Pero al, llegar abajo, quedó petrificada, helada asiéndose al adorno —una monumental pifia dorada—, con el que terminaba el pasamanos de la escalera.

Los tres hombres que estaban allí eran unos tipos extraños. Llevaban unos uniformes que no había visto nunca.

Uniformes azules.

Comprendió en seguida que eran los enemigos, de los que tanto le habían hablado, los que, sin duda, iban a ganar la guerra. Y la primera impresión que le produjeron fue de ridiculez: sus uniformes no resultaban tan bonitos como los del sur. Además, estaban cubiertos de polvo, y uno de ellos llevaba en la pernera del pantalón manchas de sangre.

Era ése el que tenía una voz parecida a la de su padre, y que le había confundido.

—¿Qué sucede? —musitó ella.

Nadie le contestó. Se había hecho un tremendo silencio.

Los ojos de los tres hombres estaban clavados en ella, como sucedía siempre que Annabel bajaba las escaleras de aquel modo, montada en el pasamanos.

Carol. Dijo con voz espesa:

—Annabel, vu… vuelve arriba.

Uno de aquellos tres hombres se adelantó…

Debía ser, pese a su juventud, un alto oficial, porque llevaba unos entorchados en las bocamangas y su uniforme era más bonito. Le preguntó con voz áspera:

—¿Quién eres?

—Yo… soy Annabel.

No sabía qué otra cosa decir. Estaba acostumbrada a que, por su nombre, la conociera todo el mundo.

Nichols amplió la explicación:

—Es la única hija del señor Wild, el banquero más importante de la región, y dueño de esta casa. Ella no entiende nada de política ni de guerras civiles, de modo que harían muy bien en dejarla volver a su habitación.

El oficial murmuró:

—¿Qué edad tiene?

—Diecisiete años.

—Hum… Pues está muy crecidita para esa edad.

Carol balbució:

—¿Qué… qué quiere decir, señor?

El otro no dijo nada.

Realmente, ya lo había dicho todo.

Sus ojos estaban clavados en las piernas de Annabel con una fijeza obsesionante, una fijeza que todos notaron, menos la muchacha.

—Toda ella es de excelente calidad —dijo el hombre—. Verdaderamente, fuera de serie. ¿Y nunca…?

Carol saltó hacia él, con las uñas por delante.

—¡No piense lo que está pensando, maldito cerdo! ¡Nunca! ¡Nunca…!

Arañó la cara del oficial nordista, quien chilló de dolor. Inmediatamente, la derribó de un puñetazo.

Parecía fuera de sí. En su rostro se marcaban ocho líneas de sangre.

—¡Condenada zorra! —masculló—. ¡Vieja y sucia arpía!

Nichols trató de defenderla. También saltó hacia el nordista, aunque era demasiado viejo para tener éxito en su ataque.

Sonó un disparo.

Nichols se llevó la mano al pecho, mientras en éste aparecía una violenta mancha de sangre. Con los ojos desencajados por el horror, sin poder comprender lo que sucedía, Annabel vio que humeaba el revólver del oficial. Carol gateaba por el suelo, intentando huir.

Sonó un nuevo disparo.

El ama de llaves quedó rígida, espantosamente quieta.

Annabel comprendió, de pronto.

El pensamiento era para ella algo brutal, algo inconcebible, pero que penetró en su cerebro con la luz cegadora de un rayo, y haciéndole el mismo daño que un rayo le haría.

Trató de huir, subiendo por la escalera.

La zarpa del oficial cayó sobre ella. Le desgarró el vestido.

Gritó, gritó hasta perder el sentido.

* * *

El presidente Lincoln había dicho:

«No hay vencedores ni vencidos. La mayor comprensión y la mayor clemencia deben ser mostradas hacia el Sur».

En realidad, en parte, así era.

La mayor parte de las propiedades habían sido respetadas. Algunos políticos sureños podían seguir haciendo su propaganda.

Los generales del ejército vencido eran tratados con honor.

Pero junto a todo esto, se movía una legión de personas sin hogar, de hombres y mujeres que no sabían adónde ir, de vaqueros sin trabajo y de ex soldados que estaban dispuestos a seguir viviendo del revólver.

En la estación de diligencias estaba pegado aquel cartel con un gran retrato del presidente Abraham Lincoln, y debajo estas palabras, que eran el símbolo de la nueva política: «COMPRENSIÓN Y CLEMENCIA».

—¡Altoooooo…!

Los caballos relincharon al sentir la tensión de las riendas. Los viajeros que iban en la parte superior, saltaron a tierra.

Todos llevaban rifles y revólveres, porque los caminos eran más inseguros cada vez.

Pero en esta ocasión, por fortuna, no había ocurrido nada.

El mayoral descendió también y abrió la puerta.

—Ya pueden apearse, amigos. Estamos en Denver, capital de Colorado. Mi padre decía que ésta sería una gran ciudad, y yo le digo lo mismo a mi hijo.

Pero mientras tanto, es una porquería. Ya verán, ya…

—¿No queda nadie? Ah, perdone, señora…

Tendió la mano para ayudar a descender a la última viajera, acurrucada en un rincón del vehículo.

—No se preocupe… Me siento bien.

La mujer descendió. Realmente, era casi una niña, y eso se notaba en sus facciones dulces, casi infantiles, pero infinitamente tristes. Los ojos parecían vacíos, sin vida.

El mayoral carraspeó.

—Cuidado, señora, no tropiece. ¿Falta mucho para el feliz acontecimiento?

—Un mes.

—De modo que ya está de ocho… Bueno, entonces es seguro que la cosa terminará bien. Mi mujer dio a luz a los ocho meses, y el crío ya era una monada… Espere, descargaré su equipaje.

Éste consistía simplemente en un maletín, de modo que no había grandes problemas. La mujer no llevaba nada en las manos, excepto un periódico que, de pronto, resbaló entre sus dedos, cayendo sobre el polvo de la calle.

El mayoral no se molestó en recogerlo, pero la mujer lo hizo presurosamente.

—Perdone… Necesito ese diario.

El mayoral se extrañó. Lo veía abierto a sus pies. Era un ejemplar de dos meses atrás, o sea que ya no tenía valor ninguno, a no ser para un coleccionista.

En la primera página se reproducía el dibujo del rostro de un hombre todavía joven, de mirada altiva y rasgos enérgicos.

Los titulares, en letras gruesas, decían:

«EL CORONEL MURRAY ELEGIDO POR GRAN MAYORÍA ALCALDE DE DENVER, SU CIUDAD NATAL»

* * *

La mujer andaba tímidamente.

A veces, daba la sensación de que vacilaba. Pero seguía obstinadamente su camino, a pesar de que un viento ingrato silbaba por las esquinas y hacía difícil avanzar en aquella zona señorial, donde sólo había grandes torres aisladas, rodeadas por árboles susurrantes.

Aquella hermosa figura femenina, ya no llevaba las mismas ropas que la tarde anterior, cuando arribó en la diligencia. Ahora se había vestido mejor, con un atavío elegante, e iba bien peinada. La belleza de su rostro destacaba de una forma irreal, casi mágica.

Al fin, se detuvo ante una de aquellas torres, la más elegante, sin duda, de la ciudad entera.

La miró con ojo crítico.

A ella no le gustaba la arquitectura del Norte. Prefería la del Sur, más elegante, más señorial. Pero, en fin, no había venido hasta allí solo para pensar eso.

Hizo sonar la campana, junto a una placa dorada donde se leía simplemente: «*Mr*. John Murray».

Una criada muy limpia y almidonada le abrió. Quedó un poco sorprendida al saber que ella quería ver al dueño de la casa.

—¿Tiene anunciada su visita?

—No… La verdad es que no.

—Ignoro si está, porque tiene que salir con mucha frecuencia pero, de todos modos, pase.

Ella lo hizo precedida por la sirvienta.

Atravesó un salón muy lujoso, y fue introducida en un saloncito íntimo, tapizado de rojo, había numerosos cuadros, todos representando a solemnes personajes que vestían uniformes.

La doncella preguntó:

—Es para un asunto oficial, supongo.

—No. Es para un asunto privado, muy privado…

—Bien. Espere unos minutos, por favor.

Ella esperó.

Tenía las manos plegadas sobre el abultado vientre, en una postura que para ella resultaba desconocida, absurda.

Transcurrieron cinco minutos, diez.

Al fin, se abrió la puerta.

Ella alzó los ojos.

Pero quien entró en la habitación no fue un hombre, sino una mujer. Una auténtica dama.

Tendría unos veinte años, y vestía con la elegancia, con la distinción, de quien siempre ha poseído lo mejor. La visitante sabía apreciar esos detalles.

Se quedó mirando, asombrada, a la mujer, como si no comprendiera.

—Yo trataba de ver al coronel Murray —susurró.

—La doncella me ha dicho que no era un asunto oficial, sino estrictamente privado.

—Sí.

—Pues en ese caso, puede contármelo tranquilamente a mí, con la mayor confianza. Soy su esposa.

La muchacha sentada frente a ella sintió que le temblaban las rodillas.

Sus labios, sus ojos, debieron mostrar una desorientación terrible, porque la dueña de la casa susurró:

—¿Qué le ocurre?

—Na…, nada.

Se puso en pie y fue a salir. Durante unos segundos, la otra la miró en silencio, como si no comprendiera.

De pronto, dijo con decisión:

—Espere.

—No es necesario. Ya, ya no tengo que decirle nada al coronel Murray.

La otra tenía unos ojos inteligentes y duros.

Una mujer no necesita demasiadas palabras para comprender lo que puede haber tras una situación, y a Ethel Seymour, recién casada con el coronel Murray, la cosa le pareció más intrigante de lo que ella misma hubiese querido.

Pero comprendió que su visitante estaba asustada, y que cualquier pregunta indiscreta podía hacerla huir.

Por eso dio una vuelta a la cuestión:

—Verdaderamente es que mi marido no está, hija mía —dijo con suavidad—. Y lo siento de veras, porque quizá usted viene de muy lejos. Porque viene de muy lejos, ¿verdad?

—De Georgia.

Los ojos de Ethel brillaron.

Era un dato que le interesaba conocer, y que confirmaba el extraño pensamiento que la había asaltado al ver allí a aquella hermosa muchacha.

—Precisamente, mi marido estuvo allí en la última fase de la guerra —dijo con la misma suavidad de antes—. Quizá se conocen.

—Creo que sí…

—Claro que las cosas han cambiado mucho desde entonces. Ahora ya no es militar, sino político. La guerra, las matanzas, los horrores, han quedado atrás. Lo único que ahora debe preocuparnos a todos es sacar el país adelante, mejorar y vivir.

La otra dijo con un soplo de voz:

—Vivir…

Parecía como si se ocultara un abismo terrible detrás de aquella sencilla palabra.

—¿Cuál es su nombre, hija mía?

—No me llame «hija mía». No es usted mucho mayor que yo.

—Cierto. Perdóneme. Pero ¿cuál es su nombre?

—Annabel.

—¿Cuántos años tiene?

—Ahora, dieciocho.

—Es muy bonita. Y muy distinguida. ¿Va a marcharse así? ¿No

acepta una taza de té?

—Se lo agradezco, pero, no tengo nada que hacer aquí. Le ruego que me perdone.

Fue a salir y rozó, sin querer, una miniatura que estaba colgada de la pared, junto a la puerta. Se detuvo y la puso bien, con un gesto lleno de suavidad.

—Sentiría haberla tirado —musitó—. Perdone. Ya veo que es una obra de Fregonard.

Ethel arqueó una ceja.

—Oiga. Usted no es una cualquiera. Sólo hay ocho personas como máximo en el Estado de Colorado que pudieran reconocer una obra de Fregonard. ¿Cuál es su apellido?

—Wild.

—Su nombre me suena. Y de Georgia. ¿A qué se dedica su familia?

—Se dedicaba. Mis padres murieron juntos, los últimos días de la guerra.

—¿Qué era su padre?

—Banquero.

—¡Claro…! —Ethel se dio una palmada en la rodilla—. ¡El banquero Wild! Tenía un gran crédito en todo el Sur. ¿Y usted quiere que la deje marchar así? Por favor, siéntese.

Annabel obedeció. Se sentía derrumbada, sin fuerzas, sin saber adónde ir. No tenía ya dinero, ni energías, ni alma.

Ethel la miró con comprensión.

—Voy a decirle algo que casi ni mi marido sabe —musitó, de pronto—. Pese a que llevo poco tiempo de casada, yo también estoy embarazada, aunque sólo de tres meses. En cierto modo, usted y yo somos iguales, aunque mi familia nunca fue tan rica como la suya. ¿Le permitirá eso hablarme con confianza? ¿Me dirá a qué ha venido aquí?

—No tengo nada que decir.

—Pero las lágrimas resbalan de sus ojos. Está usted cansada, muy cansada, Annabel. ¿Me equivoco al pensar que acaba de perder la última esperanza de su vida?

Annabel alzó los ojos, con confusión, y los clavó en el rostro de aquella mujer que había dicho ser su igual, pero que lo tenía todo, mientras que ella no tenía nada, ni un nombre que ofrecer a su hijo.

Le extrañaba que Ethel la adivinase tanto, que calara tan hondo en su ser.

Por eso fue sincera, aun contra su voluntad:

—Tenía…, una esperanza.

—¿Cuál?

—Por Dios, no me pregunte más. Eso no le importa ya a nadie. Y permita que me vaya.

Fue a levantarse, pero la mano de Ethel la sujetó con una increíble fuerza.

—No.

La obligó a sentarse otra vez, mientras sus ojos la repasaban, línea por línea.

—Va a decirme la verdad —murmuró.

—No tengo ningún derecho a herirla.

—Quizá usted no se dé cuenta, pero con esto ya ha dicho bastante.

Se irguió, y en sus ojos apareció, de repente, un brillo acerado.

—¿Cuánto? —preguntó secamente.

Annabel la miró, sin comprender.

—¿Qué?

—He preguntado qué cuánto. Ponga usted una cifra. Mi fortuna personal no es exagerada, pero creo que podré complacerla.

Annabel alzó las manos hasta su rostro, mientras los dedos temblaban de furor, como si fuese a agredir a aquella mujer que, de pronto, se había convertido en su juez.

Pero le fallaron las fuerzas.

Su pena fue más honda que todo, su desesperación fue más terrible que el odio que sentía.

Bruscamente, dobló el cuerpo y se puso a llorar. Los gemidos recorrían espasmódicamente sus espaldas de niña. Ni siquiera advirtió que Ethel la acariciaba los cabellos suavemente.

—Vamos, vamos… —susurró—. No he querido ofenderla. Sólo ocurre que soy una mujer del Norte, es decir, una mujer práctica. No me gustan las lágrimas, si el dolor puede calmarse de otro modo. Yo sé lo que es la guerra, lo que significa para mucha gente, y el modo como los hombres pierden el sentido común. Pasan cosas increíbles como…, ¡como ésta! Pero ni usted ni yo podemos evitarlas ya, de modo que lo mejor es buscar un remedio. Lo que

pretendo es que su hijo nazca dignamente en el aspecto material…

Un sollozo aún más intenso recorrió la espalda de Annabel.

—¡Yo no quiero dinero!

—Pues, pues entonces, ¿qué quería?

—Casarme con…, con el coronel Murray.

Ethel la miró, asombrada. La mano que aún acariciaba los cabellos se retiró poco a poco, temblando.

—Hija mía, ¿sabe lo que dice?

—¡Claro que sé lo que me digo! ¡Y no quería decírselo a usted, sino a él! Pero ya está. ¡Y esto es todo! ¡Es todo! ¡Es todo!

A cada palabra, sus sollozos aumentaban más y más. Se cubría con desesperación el rostro.

Parecía a punto de caer de rodillas, junto a Ethel.

Ésta la miraba ahora con una especie de frío horror.

—Annabel —musitó—, comprendo que usted se enamorara de mi marido y que siga estándolo, pero…

—¿Enamorada? —Annabel rió ásperamente, mientras lloraba—. ¿Enamorada, dice? ¡Le odio! Le odio con toda mi alma.

Alzó hasta Ethel su rostro anegado en llanto.

—Pero ¿qué cree que sucedió, desgraciada? —preguntó bruscamente, convirtiéndose ella, ahora, en juez—. ¿Cree que yo, a los diecisiete años, siendo la chica más rica de Georgia, me iba a entregar a un tipo así, por amor? ¿Cree que iba a amar al que asesinó a mis criados, delante de mis ojos? Pero ¿qué es lo que cree que ocurrió, idiota?

Ethel ni siquiera notó el insulto.

Con ojos desencajados, miraba aquellos otros ojos, entre suplicantes y acusadores que, de pronto, habían pasado a resumir para ella todo el horror del mundo.

—¿Qué pretende decir…? —balbució.

—¡Me ha entendido perfectamente!

—Oiga… —Ethel hizo un esfuerzo terrible para mantener la serenidad—. John Murray siempre iba acompañado de dos hombres que entonces eran sus ayudantes, y ahora siguen siendo sus hombres de confianza. Lo que él hacía, hacían los otros. Descríbamelos. Si no me los describe, no la creeré.

Annabel dijo con un soplo de voz:

—Eran altos. De cabellos negros. Uno cojeaba un poco al andar.

El otro tenía una característica muy inconfundible. Le faltaba un dedo.

Ethel suspiró con infinito cansancio.

Sentía como si su cerebro fuera a estallar. Le dominaba la sensación de que le estaban asestando terribles mazazos en el cráneo.

—La creo —dijo, sin embargo, con voz firme.

—¿Me cree?

—Le confesaré que cierta vez capté, sin querer, algunas palabras de una conversación entre ellos dos.

Añadió con voz desolada:

—Y ahora… ¡Ahora está usted aquí!

Annabel cayó de rodillas. Hundió, de repente, llorando, la cara en el regazo de aquella mujer, como años antes hacía con su madre, pese a que Ethel tenía casi la misma edad que ella.

—Por favor, ayúdeme. Yo sólo pido que mi hijo no tenga que avergonzarse. ¡Pido un nombre para él! ¡Un nombre para él!

—Desgraciadamente ya no puede usted casarse con John. Es tarde.

Ethel la apartó de sí con suavidad, pero también con firmeza, como el que se deshace de un bulto demasiado pesado para sus energías.

—No quiero ofenderla, pero me maravilla su falta de sentido común dijo. —Usted cree que el ex coronel Murray es un cualquiera. Pues no: es el alcalde de Denver, y llegará aún mucho más lejos. No puede exponerse al escándalo. Tiene que ser intachable y, por defender su buena reputación, haré cualquier cosa. De modo que usted aquí sólo puede pedir algo muy concreto, Annabel: dinero. La ayudaré de ese modo y nada más. Por eso le repito la pregunta anterior: dígame cuánto.

Annabel alzó los ojos. La miró con horror, como si acabara de ver surgir una serpiente del interior de un jarrón maravilloso.

—Dinero es lo único que no pido —balbució.

—Pero le hace falta…

—Eso es cosa mía.

—Deje que la ayude. Me sentiré más tranquila.

—De modo que quiere tranquilizar su conciencia, ¿no? —susurró Annabel con desprecio—. Usted es tan mala como John

Murray. Forman una pareja ideal, una pareja que llegará lejos. En el fondo, no me compadece: sólo le doy lástima y un poco de asco. Pues bien…, ¡ni eso quiero de usted! ¡Ni una palabra de lástima! ¡Ni diez centavos de dólar! ¡Sólo quiero que me deje salir! ¡Que me deje saliiir…!

Se precipitó hacia la puerta. Ethel no pudo detenerla.

Tropezando, exponiéndose a caer de un modo fatal, Annabel ganó la salida exterior. Reprimiendo su llanto, echó a correr. Una tarde gris, plúmbea, la envolvió. Empezaban a caer gruesas gotas de lluvia.

Estuvo a punto de que la atropellara un carruaje, cuyos caballos relincharon nerviosamente.

El dueño del carruaje, que iba en el interior, preguntó:

—¿Qué sucede, Charlie?

—Nada, señor. Una especie de borracha.

—Ya, ya. Cada día hay más gente perdida por aquí. Para. Ya hemos llegado a casa.

John Murray descendió del elegante carruaje, y vio a su mujer en la puerta, con la expresión crispada y la mirada perdida.

—Hola, Ethel. ¿Qué te sucede?

—Nada…

—Pues cualquiera diría que sí. ¿Y cómo estás en la puerta?

—Necesitaba tomar un poco el aire.

John Murray le acarició suavemente la mejilla.

—Como tú desees, querida. Pero, por un momento, temí que ocurriera algo. ¡Diantre, qué raras os ponéis las mujeres, al poco tiempo de casadas! ¡Y sobre todo cuando sospecháis que vais a tener un hijo!

* * *

El cuchitril no hubiera inspirado confianza a nadie. Y aquel médico de aspecto descuidado, que se lavaba las manos en una palangana roída, y cuya boca hedía a alcohol, inspiraba mucha menos confianza que su «clínica».

Pero era el médico más barato que Annabel había podido encontrar. Y le habían asegurado que era bueno.

Paseó su mirada perdida por las paredes sucias, por las dos ventanas a través de las cuales se veía caer la lluvia.

Nunca hubiera imaginado que la verdadera vida fuera esto. Que su maternidad hubiese de ser así… Nunca…

Tenía unos deseos espantosos de llorar, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que se le habían secado los ojos.

El médico se inclinó sobre ella. Pese a su aspecto, tenía una mirada inteligente y dulce.

—Confíe en mí —dijo—. La gente puede confiar en mí, cuando no estoy borracho, créame. Y ahora hace al menos tres horas que no bebo. ¿Está asustada?

Annabel no contestó.

—Sí, ya veo que sí… Las que callan al principio, son las peores luego. Pero si le parece, puedo ayudarla. He inventado un preparado que hace perder la noción del tiempo, y alivia mucho el dolor. Usted pasará por el mal trance sin darse cuenta.

Annabel desvió, de pronto, sus ojos hacia él.

Aquellos ojos tenían una extraña luz, daban la sensación de una increíble fuerza.

—No —dijo—. Pretendo darme cuenta de todo, desde el primer minuto hasta el último.

CAPÍTULO II

El hombre gritó con alegría:

—¡Bien!

Sonó un nuevo disparo.

—¡Bien! ¡Ahora el último! ¡El más difícil!

Otra detonación.

El hombre se llevó la mano a la boca.

—Oye, chico. Es increíble.

El muchacho que sostenía el revólver, y que tendría unos quince años, lo sopesó en su mano como un profesional.

—Ha estado bien, ¿no?

—Fabuloso.

—No hay para tanto…

—Pero ¿tú te das cuenta de lo que has hecho? ¡Infiernos, qué tiros! ¡Has nacido para matar!

—¿Y tú crees que eso se le debe decir a un chico?

El «profesor» lanzó un gruñido y miró hacia el lugar donde acababa de sonar la voz.

Un viejo mal vestido, pero con ropas solemnes, larga barba y una botella que asomaba por uno de los bolsillos de su levita, se acercaba a ellos, avanzando por el descampado, cercano a Denver, donde había estado haciendo prácticas de tiro.

—¿Tú crees que eso se le dice a un chico? —repitió.

—¡Calla, matasanos!

El viejo se acercó y miró al muchacho.

—Hola, Billy.

—Hola, doctor.

—Me entran ganas de romperte la cara, Billy.

—Pues para eso más vale que no venga.

El «profesor» lanzó una carcajada.

—Je… Romperte la cara, nada menos. ¡Pues no dice nada, el matasanos! Siempre está borracho y siempre ve dos caras, una que es y otra que no es. ¡Seguro que te atiza en la que no es!

El muchacho rió también.

—Sí. Pruebe.

—¡Un poco más de respeto, cuerno! ¡Yo te he visto nacer!

—Bueno, ¿y qué?

—¡Fui el médico que asistió a tu madre!

—Eso no tiene nada de particular —susurró Billy.

El «profesor» volvió a reír.

—¿Nada de particular? Eso crees tú, chico. Lo que ocurrió fue nada menos que un milagro. Tu madre es la única que quedó viva, después de pasar por la clínica del doctor Wildorf.

Éste se engalló:

—Oye, Billy… —señaló al «profesor»—. ¿Tú sabes bien quién es este tipo que tienes enfrente?

—Sí. Un buen amigo suyo, aunque siempre se peleen.

—¡Qué amigo ni qué infiernos! ¡Éste es un granuja! ¡Es el pistolero Colman, que, demasiado viejo para matar gente, se dedica a enseñar sus trucos a los jóvenes como tú! Condenados trucos. Tiene unos pocos discípulos y les cobra unas monedas por enseñarles a matar. ¡Valiente modo de ganarse la vida!

Colman se engalló también:

—Les enseño a defenderse.

—¿Para qué? En esta tierra yo no van quedando pistoleros.

—Ayer colgaron a dos.

—Por eso digo que ya no van quedando.

—Pues estás muy despistado, porque los amigos de los ahorcados asesinaron luego al *sheriff* y a sus tres ayudantes. Y esos «amigos» eran más de once. De modo que si los pistoleros se acaban…

—Calla de una vez. ¡Lo que tenían que haber hecho es ahorcarte a ti!

—Ya lo intentaron una vez.

—¿Y qué?

—¡Se rompió la cuerda!

Colman lanzó una alegre carcajada, mientras recuperaba el

revólver con el que había hecho prácticas Billy.

Wildorf masculló:

—¡No quiero verle más contigo!

—Pues emborráchate otra vez, y no le verás. Cuando bebes, no distingues a tres pasos…

Hizo una zancadilla al médico, para que éste cayera, pero Wildorf no cayó. Luego, Colman se alejó riendo.

Billy miró con cierta pena al tronado individuo que ahora le hacía compañía.

—Lo siento, doctor Wildorf —murmuró—. Pero no le haga caso a Colman. Ya sabe que es un bromista.

—Bromista o no, te está convirtiendo en un pistolero. ¡Y qué pistolero!

—¿Le gustaron mis disparos? —preguntó Billy, con expresión iluminada.

—Fueron sensacionales.

—Colman sólo tiene un discípulo tan bueno como yo: Glenn.

—Pues más valdría que os enseñara a multiplicar.

—Bah…

Y el muchacho echó a andar, seguido por el viejo. Éste murmuró lentamente:

—Oye, tienes que invitarme a tu casa.

—Puede ir cuando quiera. Mamá le recibirá con mucho gusto.

—Ella ya no se acuerda de mí.

—Lo recordará en seguida, en cuanto hablen dos minutos. Pero ¿por qué quiere venir a casa?

—Para verla.

—¿A la casa o a mamá?

—¡A la casa, burro!

—Ah, creí que quería ver a mamá. Todo el mundo dice que es muy guapa.

Wildorf, por poco, le da un puntapié.

—Mira, Billy, has de aprender una cosa: los científicos como yo, y más los viejos, no perseguimos a las mujeres.

—¿Los científicos? —preguntó Billy con sorna, mirándole.

—Aunque no lo creas, yo fui catedrático en la mejor universidad de Europa. En la universidad de Humboldt, de Berlín. Y he ayudado a nacer a personas que ahora están muy arriba. Pero me echaron

por borracho, y fui de tumbo en tumbo…, hasta llegar aquí.

—Porque aquí el *whisky* es barato.

Wildorf le dirigió una mirada patética, que, de repente, dio lástima al chico.

—Billy, te lo suplico. No te rías de mí.

—Perdone… No era eso lo que quería.

Y cambiando de conversación, preguntó:

—Pero ¿por qué quiere venir a casa?

—Porque está llena de recuerdos para mí. Allí tenía yo mi clínica, donde tú naciste.

—Ah, no lo sabía.

—Claro. Es que ahora ha cambiado todo.

Sacó la botella de su bolsillo, echó un trago, y sus ojos se iluminaron.

—Aquél era un edificio ruinoso —dijo—. Tu madre me lo compró, un año después de nacer tú. Y desde entonces, lo ha reformado, hasta cambiarlo completamente.

Volvió a beber un trago y añadió:

—Bueno, pero prometí que no hablaría de eso.

—¿Por qué?

—A tu madre no le gusta.

Billy dio un puntapié a una piedra, mientras caminaba pensativamente por la llanura, al lado del viejo médico.

—No veo la razón —murmuró—. Y me extraña. Ella nunca quiere hablar de otro tiempo. Tampoco me ha explicado nunca por qué llevo el mismo apellido que ella, como si fuéramos hermanos.

—Tú naciste poco después de la guerra, y entonces ocurrían muchas cosas raras —dijo ambiguamente el viejo—. Tu padre fue un militar desaparecido en combate. ¿No te ha explicado eso Annabel?

—Bueno, algo así.

El viejo volvió a beber.

—La casa ha quedado muy bonita… A veces, paso por delante y no la conozco.

—¿Y de dónde sacó mamá el dinero para comprarla?

—De la herencia.

—¿Qué herencia?

—La de tu padre.

—Pero ¿no dice que papá desapareció en combate?

El viejo se dio cuenta de que se estaba enredando, pero empezaba a verlo todo cuadrado, después de aquellos tragos sucesivos, de modo que no le importó.

—Bueno, no fue de tu padre… En realidad, fue de abuelos. Vuestra hacienda había sido destruida, así como el Banco; pero tu madre, al cabo de un año, logró rescatar algo. Lo suficiente para comprar la casa, arreglar e ir viviendo con dignidad.

Billy arqueó una ceja.

—Es extraño.

—¿Extraño el qué?

—El que mamá no hable nunca de una cosa tan sencilla.

—Tu madre es mujer de pocas palabras.

—Pero nunca me ha dicho que sus padres tuvieron un Banco. Y no conserva ni un recuerdo suyo.

—Cosas de la guerra. Pero me consta que los quería mucho.

Y el viejo Wildorf se detuvo para atizarse un nuevo trago.

Billy le miraba fijamente.

—Doctor…

—¿Qué hay, chico?

—¿Dónde tienen los abuelos el Banco?

—En Virginia. Digo, en Georgia… Bueno, es posible que no me acuerde bien. De todos modos, lo tenían en una región del Sur. Allí la banca Wild era la más importante.

Billy entrecerró los ojos.

Era imposible saber que tempestad de pensamientos pasaba por su cerebro de quince años, pero, de pronto, pareció tomar una decisión. Hizo sonar unas monedas en su bolsillo.

—Doctor, ese *whisky* que bebe es detestable. Podría invitarle a algo mejor, ¿no acepta?

—¿Invitarme tú a mí? ¿Y por qué?

—¿No acepta? —repitió—. Sólo trato de invitarle porque le tengo simpatía.

El viejo Wildorf no supo resistir la tentación. Hacía meses que no probaba *whisky* de marca, del que no hace polvo la garganta de uno cuando pasa por ella.

—Bien, así me gusta… Que se tenga respeto a los viejos y, de vez en cuando se les invite a echar un trago. Vamos al *saloon* de

Dorothy… ¡tienen allí un *whisky* de espanto!

En el *saloon* de Dorothy, y cuando se hubo bebido media botella, al doctor Wildorf no le costó nada el que se le soltase la lengua. En realidad, casi no se dio cuenta de lo que decía, y media hora después, ni siquiera se acordaba de ello.

Pero, en cambio, Billy sí que se acordaba. Y se acordaría toda la vida.

Le escuchaba con tremenda atención, con los ojos infinitamente abiertos.

* * *

Nunca había mirado a su madre de aquel modo; nunca la había mirado como a una mujer.

Para él siempre había sido la más hermosa del mundo, por el simple hecho de que se trataba de su madre. Pero ahora se dijo que como mujer era una de las más hermosas de la ciudad. Eso era, además, algo que había oído decir frecuentemente.

Annabel tenía entonces treinta y tres años. Hacía ejercicio, gozaba de una salud perfecta, y su figura seguía siendo tan estilizada como cuando Murray la vio por vez primera, en la señorial casa del Sur. Su mirada era siempre triste, pero eso era algo que Billy no podía notar, porque nunca la había visto mirar de otro modo.

Annabel le sonrió.

—No me gusta que llegues tan tarde, Billy.

—He estado hablando con unos amigos.

—Me han contado de ti algo que no me gusta.

—¿Qué?

—Dicen que un viejo pistolero llamado Colman te enseña a tirar.

—No, eso no es exacto. Solamente hablamos. Alguna vez me ha dejado su revólver, claro, pero siempre sin balas —mintió Billy.

—Creo que no me dices la verdad. Me han asegurado que ese Colman se dedica a enseñar a disparar a los chicos, y que incluso les cobra unas monedas. Y que tú y otro muchacho llamado Glenn sois sus mejores alumnos.

Billy se mordió el labio inferior. Por lo visto, su madre estaba enterada de todo, o poco le faltaba.

—¿Quién es Glenn? —preguntó Annabel—. ¿Algún granuja?

—No… Es un chico que viste muy bien.

—¿De modo que le conoces?

—Sí, eso no lo niego… Y también es amigo de Colman. Pero la gente no sabe lo que dice.

Annabel insistió:

—Me gusta saber con quién te juntas. De Colman ya he oído bastante, y te prohíbo terminantemente que vuelvas a verle. Pero ¿y Glenn? ¿Quiénes son los padres de ese chico?

—No lo sé.

—¿Es tu amigo, y no lo sabes? Denver no es una ciudad tan grande, me parece a mí. Aquí todo el mundo se conoce, más o menos.

Billy se sentó en una silla, y cruzó las piernas con la misma displicencia de los vaqueros cuando se sentaban en los bancos de los porches.

—Pues no, no sé quiénes son sus padres —dijo hablando sinceramente—. Glenn es un chico muy reservado. Y como yo nunca hablo de mis padres, él tampoco habla de los suyos.

La frase «yo nunca hablo de mis padres», le pareció a Annabel que había sido pronunciada con un tono de voz especial.

Y como ella no quería plantear aquel tema, se resignó a cambiar de conversación.

Le horrorizaba explicar a Billy la verdad de su origen. En realidad, hubiera podido hacerlo fácilmente, porque Billy era un muchacho lo bastante inteligente para entenderla, y la quería lo suficiente para perdonarla, si es que allí había algo que perdonar. No obstante, cuanto más tiempo pasaba, más difícil se le hacía a Annabel hablar de aquello. Era como una bola de nieve que va creciendo y creciendo, y que cada vez aplasta más. En cierto modo, se había resignado a pensar que nunca hablaría a Billy de aquello.

Dobló el periódico que había estado leyendo, y lo depositó sobre la mesa.

—¿Algo interesante? —preguntó Billy.

—No, nada.

—Pues resulta extraño, porque esta ciudad es cada vez más violenta. Han ahorcado al *sheriff*, ¿no?

—No lo sé. Yo nunca quiero saber lo que hacen los bandidos.

—Pues lo tienes en la primera página.

Annabel se encogió de hombros.

—Ni me he fijado.

Billy tomó el periódico y lo ojeó unos momentos. En la primera página, efectivamente, estaba la noticia de la muerte del *sheriff* y sus ayudantes. Y se hablaba de que el Gobierno iba a enviar agentes federales para resolver la situación.

Sí, tal vez aquélla fuese la única manera, pensó Billy. Todo el mundo sabía cómo las gastaban los federales. Acribillaban a balazos a diez inocentes y a un culpable, pero como al menos el culpable no escapaba de eso, podía estar todo el mundo seguro.

Sin embargo, la «Banda Negra», como se solía llamar a la que había cometido aquellos crímenes, parecía indestructible. Sus miembros siempre sabían ocultarse a tiempo, y los golpes que daban eran sobre seguro.

Billy siguió leyendo.

Un poco más abajo vio, reproducido a pluma, el rostro de un hombre de unos cuarenta y cinco años, de aspecto importante y señorial, junto al cual, unos titulares proclamaban:

AMPLIACIÓN DE LA BANCA MURRAY. CADA VEZ ES MAS IMPORTANTE SU VOLUMEN DE NEGOCIOS EN TODO EL ESTADO

Billy susurró:

—Ese Murray, ¿no era político hace muchos años?

Annabel se estremeció.

—¿A qué viene hablar de él ahora?

—Está en el periódico.

—No me he fijado siquiera.

—¿Por qué lo dices en ese tono de voz? ¿Por qué te pones tan nerviosa?

A Annabel le pareció que la mirada de su hijo era acusadora, y sin saber por qué, se estremeció.

—Las noticias de Bancos no me interesan.

—Pues yo creí que entendías de eso.

—¿A qué viene una suposición así?

—No… Por nada.

Annabel desvió la mirada. No sabía qué pensar. ¿Hasta qué punto su hijo ignoraba lo ocurrido dieciséis años atrás? Claro que sus temores eran absurdos. Ella jamás habló con nadie de una cosa así, excepto con la esposa de Murray, con Ethel, a la que no había vuelto a ver más. Y Ethel nunca hablaría de ello para no perjudicar a su marido.

Annabel ya no recordaba lo mucho que deliró cuando tuvo aquel hijo. No recordaba las fiebres pauperales que estuvieron a punto de costarle la vida. Y menos recordaba aún que el borrachín doctor Wildorf no se apartó de su lado hasta que consiguió salvarla de una dolencia que en aquella época siempre era mortal.

La voz de Billy pareció llegar de muy lejos.

—Di: ¿Murray no se dedicaba antes a la política?

—Sí. Y fue alcalde de esta ciudad.

—Se presentó luego a las elecciones para gobernador, ¿no?

—En efecto, pero fue derrotado.

—¿Por qué?

—¿Y yo qué sé?

—Algo habrás oído decir…

—Sí, desde luego, algo oí decir… Y creo que era la verdad. Murray tenía bastante dinero, pero gastaba mucho más aún. Gastaba sin tasa, acostumbrado a vivir a lo grande. Mientras estuvo dirigiendo esta ciudad, robó tanto que se hizo muy mala fama en torno suyo. Y cuando cometió la tontería de presentarse a las elecciones para gobernador, resultó estrepitosamente derrotado. Creo que no tuvo ni el diez por ciento de los votos. Desde entonces, no hizo política nunca más.

—Y se dedicó a los negocios…

—Sí.

—¿Con qué dinero?

—¿Y a mí qué me preguntas? ¿Crees que soy su socio, o algo así?

—Es que, para fundar un Banco, sobre todo si ha perdido el crédito, necesita un capital enorme.

—Pues lo tendrá.

Billy se encogió de hombros.

—No sé cómo…

—Y yo, menos. ¿Ya qué viene preguntarme tanto sobre ese

hombre? ¿Qué nos importa a nosotros?

Billy dobló el periódico cuidadosamente por el lado en que estaba el dibujo, para poder mirarlo con más atención.

—No, a mí no me importa nada —susurró—, pero si lo he preguntado es porque esta cara no me resulta desconocida.

Annabel, se sobresaltó.

—¿Cómo? ¿Qué dices…?

—La he visto últimamente… Y tú también. Sabes de sobra que no para de rondar esta casa…

Capítulo III

Annabel llevaba una vida muy retirada. Obligada a vivir de la modesta renta que le quedó, una vez liquidados los bienes del Banco, apenas salía de casa. Su única pasión era su hijo Billy, y su única obsesión, el que nadie le hiciera preguntas.

No resultaba extraño que no hubiera vuelto a ver a Ethel, porque Ethel vivía casi siempre fuera de la ciudad, y ella apenas salía de su casa, donde tiempo atrás estuvo la clínica del doctor Wildorf.

Annabel iba a la iglesia los domingos, y otra vez a la semana, los jueves, cuando el pastor de almas solía dar una charla que a ella siempre le parecía interesante.

Al día siguiente de su conversación con Billy —una conversación que luego le impidió dormir durante toda la noche— era jueves.

El cielo estaba cargado de nubarrones, que aumentaban la oscuridad. Las calles por las que tenía que pasar Annabel se hallaban completamente solitarias.

Iba arrimada a las paredes, un poco temerosa, sintiendo que vacilaba del todo la seguridad que durante quince años había tratado de insuflarse a sí misma.

De pronto, notó que una mano surgida de las sombras se posaba en su hombro.

Bruscamente, alguien tiró de ella. Se encontró en la penumbra de un gran almacén. No veía al hombre que tenía enfrente, el cual le tapaba la boca.

Una voz tranquila murmuró:

—No temas No trato de hacerte ningún daño.

Annabel se estremeció hasta las últimas fibras de su ser.

¡Aquella voz!

¡Aquella entonación odiosa que no había vuelto a escuchar en dieciséis años!

Murray, de pie ante ella, la soltó poco a poco.

Iba bien vestido, como siempre, aunque ahora no llevase uniforme. Sus facciones eran ya las de un hombre maduro, pero se conservaba muy bien. Bastaba rozarlo para darse cuenta de que tenía toda la fuerza de un joven.

La miraba con una seguridad que a Annabel le pareció repugnante y odiosa. La miraba como si fuera suya.

Ella masculló:

—¡Déjeme! ¡No le conozco de nada!

—¿De veras?

—¡Déjeme salir de aquí o empiezo a gritar!

—No te conviene, teniendo un hijo.

Annabel quedó atónita, quieta como un pajarillo hipnotizado, sintiendo que se le secaba la garganta.

¿Quería Murray hablarle de su hijo? ¿Querría, tal vez, al fin, hacer algo por él?

—No trato de hacerte ningún daño —dijo él calmosamente—. Sólo trato de que hablemos aquí, sin testigos. Nadie viene a este almacén por las noches.

Annabel no contestó.

Sentía como si un pasado, del que intentó librarse, hubiera vuelto a ella, y ése sólo pensamiento la horrorizaba.

—No sabía que vivieras en Denver —siguió diciendo él—. Normalmente, aquí todo el mundo se conoce, pero la ciudad siempre está tan agitada que, a veces, hay sorpresas como ésta.

Ella tampoco contestó.

—Y estás en un barrio muy retirado…

—No salgo apenas de casa.

—Y yo me dedico a los negocios, de modo que no tengo tiempo para nada. ¿Qué clase de educación recibe el chico?

A Annabel le pareció que el tono de voz era humano y comprensivo. Susurró:

—Ba… bastante buena.

—¿Y tú de qué vives?

—Tengo una pequeña renta.

—¿De dónde la sacaste? Ah, ya recuerdo… Tus padres eran

banqueros, ¿no? Supongo que algo quedaría, aun después del desastre de la guerra.

—Sí, pero quedó muy poco.

—¿Sabes que hablas con mucha seguridad? Te encuentro distinta.

—Han pasado quince años. Mejor dicho… dieciséis.

—Yo no sabía nada de ti, pero tú sí que sabías de mí. ¿Por qué no viniste a verme?

Ella apretó los labios, callando. Nunca diría que suplicó a la que era su mujer. No abriría de nuevo la llaga en aquella familia que ella no tenía el menor interés en destruir.

Se encogió levemente de hombros.

—Sí, claro, uno nunca sabe… —susurró él—. Es un apuro serio ir con esos problemas. Pero el caso es que estás aquí. Y tendrás que perdonarme el que haya elegido un modo tan extraño de hablarte, ¿sabes? Pero necesitaba que nadie nos viese.

—Sí.

—¿Dices que el chico recibe una buena educación?

—Dentro de mis medios, sí.

—Pero su destino podría mejorarse. Quizá, ir a una universidad.

—Eso es lo que siempre soñé.

—Bien… —dijo Murray, lanzando un suspiro—, creo que ya es hora de que yo me ocupe un poco de eso.

Annabel sentía que la cabeza le daba vueltas. Quizá Murray, al entrar en la edad madura, había hecho examen de conciencia, y trataba de cambiar. Quizá de aquella conversación resultarían beneficios incalculables para su hijo. Por eso no se iba, pero lo cierto era que cada vez se sentía más desdichada, más hundida, por el hecho de tener que hablar con aquel hombre, como si, sólo por ello, ya se prostituyera un poco.

El continuó:

—Estoy en situación de ayudarle. Soy bastante rico.

—Yo nada pido.

—Habrás pasado malas épocas, claro.

—Ya están olvidadas.

—Yo quisiera resarcirte de eso.

La mano derecha de Murray se deslizó lentamente por un brazo de la mujer. Ella se estremeció.

—Quisiera dar un porvenir a tu hijo —dijo velozmente Murray, con tono voluble—. Espero no me niegues esa satisfacción. Aunque, naturalmente, por el hecho de estar yo casado, la ayuda tendría que hacerse de una manera muy… discreta.

—Lo comprendo, pero insisto en que nada te pido.

—Pensaba ofrecerte quinientos dólares al mes.

Annabel se estremeció. Aquella cifra era sencillamente fabulosa para su estrechez actual.

—Para educar a un muchacho no hace falta tanto —dijo en seguida.

—Bueno… Es que no se trata sólo de educarlo. Quiero que tú también… vivas como una señora.

Y volvió a acariciar su brazo. Cosa rara, esta vez Annabel no se estremeció.

En sus ojos parecía haberse helado algo, haber muerto para siempre.

—Estás más hermosa que nunca —dijo él con suavidad—. Más guapa, incluso, que entonces… Siempre pienso que debí haberme casado contigo. Pero ahora aún estamos a tiempo de ser felices. Piénsalo bien: el chico podría ir a una universidad, y a ti te instalaría fuera de la ciudad. Todo muy discreto y… y muy convincente para ti.

Annabel suspiró con cansancio, y se apoyó lentamente en la pared de troncos que había a su espalda.

No hizo ningún reproche, no insultó a Murray, no le dijo una palabra más alta que otra.

Pero su mirada era terriblemente fría y quieta, como la de una muerta, cuando la alzó hacia él.

—Señor John Murray —dijo lentamente—, yo ya tengo treinta y tres años. Cuando aquello sucedió, yo tenía diecisiete, y no había salido jamás de casa. Hasta me gustaba deslizarme por el pasamanos de la escalera, tan niña era entonces. Pero fui madre a los dieciocho, y lo fui dándome cuenta de todo, viviendo con la plenitud hasta el último segundo de mis interminables horas de dolor. Mi hijo nació en el consultorio de un médico borracho que, por suerte mía, resultó ser un genio de la medicina. Mirando la lluvia resbalar por los cristales, sentí que en mi interior moría una persona y nacía otra. De la niña de aquella casa del sur no queda

nada, ¿entiende, señor John Murray? Nada. Mi alma está tan seca como la estaca de un amarradero. No sólo soy incapaz de amar, sino que no creo ya en ningún calor humano. Sólo me queda una cosa, y es mi propia dignidad. No crea que voy a perderla, señor John Murray. Ni por todo el oro del mundo consentiría en caer en sus brazos. Ni, aunque mi hijo hubiera de ser presidente de los Estados Unidos, me dejaría besar por usted. Y no le escupo a la cara porque el asco ha hecho que se me quedara la boca seca, señor John Murray: eso es todo lo que tengo que decir.

Él había escuchado, en silencio.

Sus facciones habían ido palideciendo mientras Annabel hablaba. Al final aquellas facciones se volvieron terrosas.

Le temblaban las manos, sin que pudiera evitarlo.

Y lo único que pudo balbucir fue:

—No esperaba esto…

—Pues ya tiene la respuesta a su carta, señor Murray. Me despido muy atentamente suya. ¡Ahora, déjeme marchar!

Fue a dar media vuelta para salir, pero, de repente, aquellos brazos la sujetaron de nuevo.

—¡Espera! ¡Te conviene oírme!

—¿Sí?

—¡Tengo medios para obligarte a hacer lo que yo quiera!

—¿Medios? ¿Quizá tu dinero? Ni los perros lo querrían para ensuciarse en él, Murray. Y mucho menos, yo.

Las manos del hombre aferraron sus hombros hasta hacerle daño. Su voz fue amenazadora, lenta:

—No hablaba de dinero.

—Entonces, ¿de qué?

—Tú tienes un hijo. Y podría sucederle cualquier cosa.

Annabel se estremeció tan brutalmente, que echó la cabeza hacia atrás. Chocó contra la pared.

—¿Sucederle algo? ¿Es que estás loco? Ya no quiero hablarte de sentimientos de humanidad porque sé que no los tienes, ¡pero Billy es tu propio hijo!

Murray rió nerviosamente.

—¿Tratas de que me trague ese cuento?

—¡Acabas de hablar de él como si lo reconocieras!

—Porque me convenía. De algún modo había que empezar la

conversación para ir ganando tu confianza.

A Annabel le daba tanto asco Murray, que sentía náuseas. Pero su miedo era aún superior a su asco, de modo que continuó quieta allí hasta aclarar aquello.

—¡Te juro que Billy es tu hijo! —gimió.

—Eso se lo cuentas a uno que no haya vivido tanto como yo. ¡Vamos! ¡Sólo faltaba que yo, John Murray, cayera en la trampa!

—¡Tus amigos ni se acercaron a mí! ¡Lo sabes perfectamente!

El rió lentamente, con sorna, poniendo una inflexión de burla en cada carcajada.

—Eso es cierto, pero luego pasó el tiempo. Una mujer que ya no tiene por qué respetarse a sí misma, va de tumbo en tumbo. Siente necesidades, caprichos… El dinero siempre conviene.

El espasmo que sintió Annabel fue tan fuerte, que estuvo a punto de caer.

Pero, haciendo acopio de fuerzas, con una serenidad que no, sabía de dónde surgía musitó:

—Ningún hombre ha vuelto a acercarse a mí, pero eso ya no importa. Y no vas hacer nada contra Billy porque repito que él es tu propio hijo. Pero si lo hicieras, te arrepentirías, Murray. ¡Te arrepentirías porque aún no sabes de lo que es capaz una mujer cuando odia!

Murray la soltó poco a poco, muy poco a poco, como si quisiera convencerla de que sólo la soltaba porque él quería.

—No trates de amenazarme —murmuró—. Pero soy un hombre de mundo, y no tendré en cuenta tu obcecación de hoy. Tienes dos días para pensarlo, dos días durante los cuales esperaré tu respuesta. Luego…

No dijo más, ni Annabel lo necesitaba.

Para ella todo estaba espantosamente claro. Sabía lo que podía suceder, pero confiaba en que John Murray no se atrevería.

El salió, caminando de espaldas, mientras murmuraba, casi con rabia:

—Eres tan bonita…

* * *

Murray terminó aquella mañana, muy temprano, su reunión con los consejeros del Banco. Era extraño, porque normalmente siempre

se quedaba a hablar con ellos, después de tratar de los negocios de rutina. Pero esta vez dijo que se marcharía en seguida.

Uno de los socios —todos eran casi insignificantes, pues Murray tenía la gran mayoría de capital— se acercó a él.

—¿Tiene prisa, señor Murray?

—Mucha.

—Es que yo quisiera hablarle de un negocio. Una compra de ganado a buen precio, que podríamos hacer los dos, sin intervención del Banco.

—No puedo hablar de eso, ahora, amigo Forester.

—¿Ni cinco minutos?

—Ni cinco minutos.

—Bueno… Esperaré, pero es lástima, porque la ocasión puede perderse.

—Si se pierde, mala suerte.

—¿Me permite que le diga una cosa, señor Murray?

—Dígalo, pero de prisa.

—Está usted algo raro… desde hace un par de días.

El banquero miró la hoja del calendario.

Efectivamente, hacía un par de días que habló con Annabel, y desde entonces, no había vivido, esperando una respuesta, que al fin no llegó.

Pero ahora el plazo se había cumplido. Ahora sabría ella quién era John Murray.

—Puede que esté algo raro —dijo—, pero es cosa mía. Y ahora déjeme en paz.

Bruscamente, salió, dejando al otro con la boca abierta.

En su propio despacho del Banco, donde no podía entrar nadie, sin su permiso, se cambió, poniéndose ropas más ligeras, y salió por una puerta posterior.

A cierta distancia de la ciudad, le esperaban tres hombres.

El *sheriff*, caso de vivir, los hubiera reconocido en seguida, porque tenían las manos manchadas con su sangre. Pero el *sheriff* de Denver, que fue un hombre honrado hasta el fin, no vivía ya. Y ningún hombre vivo podía acusar a los dos tipos, que ahora sonrieron, viendo a Murray.

—Hola, jefe.

—Hola. ¿Habéis investigado?

—Sí. El chico está tomando lecciones de tiro.

—Pero ¿es que no va a la escuela?

—No, por la mañana no ha ido. Es curioso, pero hemos visto como buscaba trabajo. Al parecer, nadie; ha querido dárselo, de momento. Luego, se ha ido con el viejo Colman.

—De acuerdo. Vamos por él.

Los tres hombres picaron espuelas, y se dirigieron al apartado lugar donde Colman solía adiestrar a sus discípulos.

Sólo uno había llegado hasta aquel momento, y ése no era Billy. Precisamente, acababa de tirar contra una botella a gran distancia, deshaciéndola. Pero los que llegaban no se fijaban en eso.

Colman los vio.

—Oye, chico, dame el revólver.

—¿Por qué?

—Mira quién viene.

Billy lo vio, y entrecerró los ojos poco a poco, mientras separaba lentamente las manos.

—No quiero que sepan que doy clases de tiro —dijo Colman—. Esa gente influyente nunca sabes cómo reaccionará. A lo peor, me meten en la cárcel.

—Tenga.

Colman remetió el revólver con cinco balas entre la camisa y el pantalón, ya que no llevaba ni funda.

—Hola, señor Murray.

Murray lanzó un gruñido.

—¿Qué haces aquí?

—Ya ve… Charlando con el chico.

—Dirás más bien enseñándole a matar.

—Eso según como se mire, señor Murray. Le enseño a defenderse, y a él le gusta.

—Pues, de momento, no le vas a enseñar nada más. Billy viene con nosotros.

—¿Para qué?

—Hemos de hablar con él en privado. Pero; además, a ti no te importa; no tengo que darte explicaciones.

—¿Tres hombres hacen falta para hablar con un chico? —preguntó lentamente Colman.

—He dicho que no te importa.

—No querrán hacerle ningún daño, ¿eh, señor Murray?

—¿Por qué íbamos a hacérselo?

—En ese caso, no tendrán inconveniente en una cosa: Yo les acompañaré, y permaneceré a distancia, mientras hablan con Billy.

Murray empezaba a impacientarse. No soportaba que le pusieran inconvenientes, y menos aquel viejo pistolero tronado.

—¡Tú te quedas aquí, imbécil!

En aquel momento, se oyó la voz lenta, tranquila, de Billy.

El muchacho murmuró:

—¿Quiere hablar conmigo de lo que la otra noche le dijo a mi madre, señor Murray?

—¿Es que la muy zorra te ha contado algo?

El banquero parpadeó, sorprendido.

—En primer lugar, mi madre no es una zorra, señor Murray. Y en segundo lugar, no me ha contado nada. Sólo sucede que le he visto varias veces rondar nuestra casa, y desde entonces, estoy vigilante. Y la otra noche vi como la hacía entrar en el almacén de Ruggles. No oí nada, pero la vi salir, muy nerviosa, minutos después.

Murray abrió la boca haciendo una mueca de pez que se asfixia. Luego dijo secamente:

—Listo el chico, ¿eh?

—No soy listo ni tonto, señor Murray. Solamente tengo ojos.

—Pues ten cuidado, pequeño. Tienes ojos… pero algún desaprensivo podría sacártelos.

Billy apretó los puños. Por un momento, no supo que hacer.

Y entonces se oyó la voz tranquila y serena de Colman:

—Señor Murray —dijo—, usted es un banquero, que me gustaría saber cómo consiguió la plata para empezar ese negocio, y yo no soy más que un pistolero, que ya no tiene pulso y lleva los pantalones rotos. Pero yo quiero a este chico como si fuera mi propio hijo. Lo quiero y pienso demostrarlo.

Murray arqueó una ceja.

—¿Demostrarlo? ¿De qué modo?

—Billy no se irá de mi lado. Tengo poco pulso, pero cuando esos buitres que usted lleva al lado mamaban, yo ya había matado a media docena de hombres… más listos que usted. De modo que vuelva grupas, límpiese las narices y escóndase en su casa.

El banquero se había vuelto del color de la grana. Nunca le habían hablado así. Aquellos insultos eran como aldabonazos en su cráneo.

—Es usted un testigo molesto —dijo, mirando a Colman—. Puede que me conviniera eliminarlo.

El viejo pistolero murmuró:

—Pruebe.

—Claro…

La voz había surgido de uno de los *gun-men* que bordeaban a Murray. Colman no tuvo tiempo para prevenirse.

Fue un asesinato a sangre fría, un simple asesinato a traición.

Sonó un estampido, y Colman se llevó las manos Y pecho. Con voz velada, sólo tuvo tiempo de decir:

—Billy… ¡Huye, muchacho, huye!

Pero Billy no se movió.

Como hipnotizado, miraba el cadáver del único amigo que había tenido en su vida, aparte Glenn.

Porqué el viejo Colman era ya un cadáver. La bala le había atravesado el corazón; era de las que no perdonan. El pistolero que acababa de matarle sopló el cañón del revólver, y lo guardó pensativamente.

—Nunca creí que yo acabaría matando a Colman —dijo—. Pero eso es casi un honor. Desde pequeño, lo oí nombrar como una leyenda.

Murray miró a Billy.

—¿Qué haces, maldito?

El pequeño se había arrojado sobre Colman. Y lentamente, con un gesto de patético dolor, le cerraba los ojos.

El banquero masculló:

—¡Deja esa carroña!

—¡La carroña lo es usted, Murray! ¡Usted y sus sucios asesinos!

—¡Levántate!

—¡No obedeceré ninguna orden suya! ¡Me da asco incluso mirarle, maldito hijo de zorra!

Murray lanzó una maldición.

En aquel momento, se oyó silbar una cuerda. Billy no se había dado cuenta de lo que sucedía, cuando se vio ya enlazado por

debajo de los hombros, igual que una res.

El pistolero que había arrojado el lazo con gran maestría, tiró de la cuerda, obligándole a ponerse en pie.

—¿Adónde le llevamos, jefe?

—A no mucha distancia de aquí. Aquel bosque es bueno.

Tiraron nuevamente de Billy. Éste cayó, y fue arrastrando unas yardas, sin que los pistoleros se compadecieran de él. Gracias a la agilidad de sus quince años, logró ponerse en pie y seguirles al trote. Luego volvió a caer, y los pistoleros rieron. Aquella escena miserable se repitió dos o tres veces.

Cuando llegaron al linde del bosque que Murray había elegido, el pequeño tenía el cuerpo cubierto de sangre.

Murray le miró de soslayo.

—Se te habrán pasado los humos, ¿no?

Billy no contestó. Sentía unos deseos espantosos de llorar, pero no quería demostrarlo.

—No vamos a matarte —dijo el banquero suavemente—. No vamos a matarte porque precisamente se trata de que tu madre te vea. Pero llevarás la espalda tan cosida a latigazos que en dos meses no podrás acostarte como las demás personas. Con ello pretendo que la que se acueste sea Annabel. Seguro que se decide.

Las últimas y brutales palabras fueron pronunciadas con voz especialmente burlona. Billy se estremeció.

Y, de pronto, entreabrió las piernas poco a poco, colocándose en la actitud del perfecto pistolero que se dispone a defender su vida.

Uno de los
gun-men
masculló:

—Eh, jefe…

Algo acababa de brillar en la derecha de Billy. Era rada menos que un «Colt», el mismo que poco antes tenía Colman.

Murray masculló:

—Pero ¿qué es eso?

—Se lo he quitado a Colman mientras le cerraba los ojos con la otra mano.

—¿Y qué tratas de hacer? ¿Jugar?

—Trato de mataros a los tres, como perros malditos que sois.

Los pistoleros y su jefe lanzaron una carcajada.

—Estás poniendo las cosas difíciles —dijo uno de ellos, al fin—. ¿Y tiene balas ese trasto?

—Cinco.

—Pensaba coserle la espalda a latigazos, pero quizá sea mejor dejarle cojo —gruñó Murray—. Un buen balazo en la rodilla no le vendrá mal.

Uno de los pistoleros murmuró:

—Si tan bueno eres, ¿por qué no te desafías conmigo?

—Lo primero que ha de hacer es apearse de ese caballo.

—Bueno, hombre, bueno… Como quieras.

Descendió, colocándose a unos ocho pasos.

Los otros miraban, divertidos, la escena.

Billy, para no tener ninguna ventaja, se había remetido el revólver entre la camisa y el pantalón. Y aguardaba así, con los nervios tensos.

—Ten cuidado, Richard, y dale en la rodilla —advirtió Murray —. No te excedas y lo dejes seco.

—Haré algo mejor, jefe; le destrozaré la mano derecha.

—No es mala idea.

Y alzando la mano derecha para dar la señal gritó:

—¡Fuego…!

El hombre y el muchacho se movieron a la vez.

Murray y su otro pistolero fueron a lanzar una carcajada. Y, de pronto, la risa se les quedó helada en la boca.

Acababa de suceder algo inconcebible, algo absurdo.

Richard, el pistolero que iba a destrozar la derecha de Billy, acababa de dar un salto hacia atrás. Parecía como si un extraño viento lo hubiera impulsado. Pero lo más absurdo, lo más increíble, era aquel botón rojo que acababa de dibujarse en su frente.

Con los ojos muy abiertos, sin creer aún en su propia muerte, el pistolero se derrumbó poco a poco.

El otro se dio cuenta de que corría peligro. De que cualquier cosa podía suceder.

Sacó con la velocidad del rayo, pero Billy fue otra vez más rápido.

De una bala en la cadera, lo obligó a desmontar. El otro lanzó un alarido mientras soltaba el revólver y se llevaba ambas manos a la espantosa brecha que se acababa de formar a la altura de su hígado.

El mismo Murray se tambaleó ahora. Acababa de sentir como un mazazo en la frente.

Tiró de su revólver, sacándolo de la funda, y de pronto, sus dedos quedaron rígidos, espantosamente tensos, transidos de dolor.

La bala no sólo le acababa de volar el revólver, sino que, además, se le había llevado por delante medio dedo pulgar. El dolor fue tan terrible que le llegó hasta el fondo de los huesos. Su caballo se encabritó, y él cayó a tierra.

El pistolero bramaba angustiosamente. Sus ojos se dilataron de horror, al ver avanzar a Billy, y comprender lo que éste se proponía.

—¡Nooo! —gimió—. ¡Nooo…!

La bala le dejó ciego. No se dio cuenta de que acababa de penetrarle por su ojo izquierdo.

Luego, Billy se volvió lentamente, con el revólver engarfiado. Murray, en el suelo, jadeaba como un condenado. Sus ojos estaban dilatados de horror.

—Queda una bala —musitó Billy—. Justo lo que necesito.

—¿Vas… a matarme?

—Debería hacerlo —dijo Billy—, pero acabar así sería tal vez demasiado fácil. Quiero que se estremezca de horror, Murray, quiero que vea avanzar la muerte paso a paso. Quiero que muera un poco cada vez que vea a uno de sus hombres con la boca tiesa y una buena rociada de balas bajo la piel. Porque eso es lo que sucederá, Murray. Voy a matar a todos sus hombres como se extermina a una bandada de perros rabiosos. Y luego, cuando esté solo, más solo que una rata acorralada, lo mataré a usted.

Levantó la voz:

—Pero antes…

—¿Qué… qué vas a hacer?

Murray sintió que el látigo se aplastaba y se retorcía sobre su cara. Lanzó un auténtico alarido de horror. Otra vez la cinta de cuero le deshizo la piel.

—Esas marcas no se le quitarán nunca, Murray. No podrá enseñar la cara a nadie, y menos a mi madre. Y ahora lárguese… ¡Largo de aquí!, antes de que también le destroce los pantalones a latigazos.

Murray se puso en pie, tambaleándose.

Jamás había sentido una humillación tan honda, tan terrible.

La sangre resbalaba sobre su cara, que parecía arder, pero peor era lo que sentía por dentro.

Avanzó a trompicones. El látigo se enredó entre sus piernas y le hizo caer.

—¡Nooo…! ¡No me pegues más!

La cinta de cuero se enroscó ahora en su nuca y, por poco, le estrangula. Le dejó en el cuello una marca que tampoco podría ocultar.

El sudor y la sangre resbalaban por debajo de sus ropas. Empezó a gimotear como una mujer.

Billy le dejó irse.

Su rostro se había transformado en una máscara cruel, en la máscara implacable que tendría cuando fuera un hombre.

Bueno, en realidad, había empezado a serlo ya.

Pero él no se daba cuenta.

Alguien más estaba en aquel momento junto al cadáver del viejo Colman.

Uno de sus discípulos, que había llegado tarde a la clase, acababa de encontrarse con aquella macabra escena. Aquel discípulo era el único que tiraba tan bien como Billy, o quizá mejor que él. Se llamaba Glenn.

También iba allí sin que lo supieran en su casa. También experimentaba, al tocar el revólver y dar en el blanco, un secreto placer.

Se arrodilló junto al cadáver de Colman.

Y luego, lentamente, sintiendo que le quemaban las lágrimas, empezó a abrir una fosa.

CAPÍTULO IV

Johnson, que guardaba provisionalmente el orden en la ciudad, por ausencia forzosa del *sheriff*, miró a la hermosa y desconsolada mujer que se sentaba al otro lado de la mesa.

—¿Y dice usted que hace tres días que no ve a su hijo, Annabel?

—Tres días…

—Es raro. Lo último que sabemos de él era que iba con ese viejo pistolero, con Colman. Daba clases de tiros a unos cuantos, pero no hemos podido averiguar quiénes eran. Y lo malo es que Colman ha muerto.

—Lo sé…

—Encontramos su cadáver enterrado cerca de aquí No tenía revólver, y le habían atravesado el corazón con una bala. Por la posición de ésta, dedujimos qué se la había disparado alguien que estaba a caballo Billy no tiene caballo, de modo que eso elimina toda sospecha.

Annabel le miró con los ojos borrosos por las lágrimas.

—Claro que elimina toda sospecha. ¿Cómo puede llegar a imaginar que él…?

—Por supuesto. Era muy amigo de Colman. Pero ¿dónde está…?

—No lo sé… ¡Dios mío, no lo sé! Lo que yo trataba era de que usted lo averiguase.

Johnson se acarició pensativamente la barbilla, y luego hizo un gesto como disculpándose.

—Bueno, usted sabe de qué modo trabajo… —susurró—. Ocupo interinamente el cargo de *sheriff*, mientras eligen a otro, pero carezco de experiencia, y me temo que lo haga todo mal. No sé por dónde empezar, créame.

—¡Haga algo!

—De acuerdo lo intentaré. Déjeme pensar, y es posible que dé con alguna pista. ¿Por qué no vuelve mañana por aquí, Annabel?

Ella se llevó una mano a la frente, apesadumbrada.

—Lo haré, si no queda otro remedio, pero por favor… Se lo suplico… Encuentre algo.

Johnson se lo prometió.

La belleza de aquella mujer le turbaba profundamente, pero ahora tenía otras cosas en qué pensar. Se sentó tras la mesa, y empezó a dar vueltas al asunto.

Johnson era honrado y no era tonto.

Últimamente, no sólo había desaparecido Colman, quien luego apareció, y no sólo había desaparecido Billy Wild. En los últimos tres días tampoco se sabía nada de un hombre al que antes se veía en todas partes el ex alcalde de la ciudad, el banquero John Murray.

Claro que una cosa no podía tener relación con otra, pero…

En aquel momento, entró el único ayudante que tenía. Era siempre Simons, un tipo despistado, pero excelente rastreador.

—Hola patrón.

—No sé a qué viene llamarme así. No me he puesto ni siquiera la estrella por evitarme el disgusto del que luego me la descuelguen.

—Oiga, he encontrado algo.

—¿Qué?

—Agárrese a la mesa.

—Preferiría agarrarme a la mujer que acaba de salir de aquí, pero eso no es posible. Vamos, habla.

—Lo que le voy a decir es gordo. Verá: después de saber lo que le había ocurrido a Colman, hice un rastreo por los alrededores. Y en un bosque cercano encontré dos cadáveres más.

—¡Diablos! ¿De quién?

—De dos fulanos que siempre sospeché. Para mi que pertenecían a la «Banda Negra». Desde luego, estaban reclamados en otros condados, eso se lo aseguro Eran Richard y Wilman.

—Esos dos buitres…

—Pero ahora viene lo peor.

—¿Qué?

—Había dos clases de huellas humanas que se alejaban de allí. Unas correspondían a unas botas más bien algo pequeñas, y podían corresponder perfectamente a Billy Wild, que ha desaparecido de su

casa.

—No hace ni diez minutos su madre estaba aquí suplicándome que lo encontrara. ¿Y las otras…?

—Agárrese.

—¡Bueno, hombre, ya estoy agarrado! ¿Qué quieres que haga más? ¿Qué me cuelgue de la lámpara?

—Las otras huellas correspondían a unas botas de corte especial, de un tipo que se las hace a medida. Conozco muy bien eso, porque yo trabajé, hace tiempo, en la zapatería de Robinson. ¿Y sabe cuál es el único cliente al cual hace Robinson unas botas que siempre son de un cuarenta y cuatro largo?

—¿Quién?

—Agárrese.

Johnson se impacientó.

—Mira, muchacho, me voy a agarrar de una cosa: de tu propio pescuezo. Y te prometo que, en cuanto termine, no va tener ni el grueso de una moneda.

—Bueno, hablaré de una vez. Las botas son de John Murray. Me juego lo que quiera.

Johnson quedó helado, por un momento.

No entendía aquello, pero lo cierto era que el dato correspondía con sus pensamientos anteriores.

Siempre se había preguntado de qué modo Murray —un hombre desacreditado, después de su etapa de alcalde, y al que nadie hubiera prestado un dólar porque gastaba mucho más de lo que tenía— había conseguido el capitalazo necesario para fundar su Banco.

Cierto que Johnson, en ese momento, no podía aún ni imaginar lo que había detrás de sus pensamientos, pero comprendió que aquél era un camino a seguir.

Y lo siguió.

Media hora después, estaba ante la lujosa casa de Murray, la misma en la que una mujer niña llamada Annabel entró, desesperada, dieciséis años atrás.

Ethel, que todavía conservaba su digna y serena belleza, le recibió cortésmente.

—Hola Johnson. ¿Quiere algo de beber? ¿A qué debemos el honor de su visita?

—Quisiera hablar con su marido, señora.

Ethel parpadeó.

—No recibe.

—¿Puedo saber por qué?

—Mire… Si quiere verle para algún asunto del Banco, espere unos días. No se encuentra bien.

—No es un asunto del Banco, sino que se trata de una investigación.

Ethel apretó los labios.

—Mi marido no está envuelto en ninguna clase de investigaciones —dijo con la fría dignidad de una mujer que ha sido señora toda la vida—. Y, además, ahora se encuentra indispuesto.

—¿Mucho?

—Lo suficiente para no recibir a nadie.

—Pues a mí me recibirá.

Y Johnson, haciendo algo que, en circunstancias normales, no se hubiera atrevido a hacer, la apartó bruscamente.

Conocía la casa, por haber estado allí otras veces, de modo que fue en línea recta al dormitorio de Murray.

Éste no estaba en la cama. Señal evidente de que no se encontraba tan enfermo.

Empujó la puerta del cuarto de baño, y lo vio. Murray, vestido con una bata, se enjabonaba la cara a toda prisa.

Le miró con ojos llameantes.

—¿Qué modales son ésos, Johnson? ¿Qué hace aquí?

—¿Y usted? ¿Qué hace?

—¿No lo ve? ¡Me estoy afeitando!

—Pues termine.

—Oiga mequetrefe sin estrella… ¿Usted qué se ha reído? ¿No sabe con quién habla? ¡Fuera de aquí!

—Estoy haciendo una investigación.

—¡Pues espere!

—Muy bien. Me esperaré aquí, señor Murray.

El banquero alzó la navaja amenazadoramente.

—¡Le voy a…!

—¿Qué? ¿Qué es lo que se le ocurre ahora hacer, señor Murray? ¿Va a afeitarme gratis a mí…?

Y de pronto, gritó:

—¡Límpiese la cara!

—¿Cómo…?

—¡He dicho que se quite el jabón de la cara!

—Pero ¿es que se atreve a darme órdenes… a mí?

Johnson no esperó más.

Con un gesto brusco, tomó un paño y limpió la mejilla de Murray, antes de que éste pudiera evitarlo. Debajo, en la piel asomó una profunda cicatriz.

Johnson rechinó los dientes.

—Ya me parecía a mí que tanta prisa por afeitarse era sospechosa —dijo—. Lo que quería era cubrirse la cara. Y ahora va a explicarme unas cuantas cosas, amigo Murray.

El banquero estaba tan blanco como el jabón que aún cubría parte del rostro.

—No le conviene meterse en esto, Johnson.

—¿Quién le propinó estos latigazos?

—Tuve una pelea.

—¿Quizá en el bosque de Lamer?

Las manos del banquero temblaron.

—¿Por qué allí?

—Los cuerpos de dos granujas aparecieron en ese lugar. Y había allí unas huellas que estoy seguro de que son suyas, Murray.

—Yo no estuve jamás en el bosque de Lamer.

—Me temo que tendrá que probarlo.

—¡Johnson, maldito sea! ¿Cómo se atreve a…?

—Acompáñeme.

—¿Adonde?

—Quiero ver todas sus botas. Todas, absolutamente. Luego, iremos al bosque de Lamer.

Murray apretó los puños frenéticamente.

—¡Le voy a…! —gritó.

Pero no pudo hacer nada. Johnson tampoco pudo insistir para que le obedeciera.

Porque en aquel momento sonó un disparo.

Allí mismo, junto a la casa.

* * *

Fue Johnson el primero que salió. El banquero le siguió de

forma instintiva, con las facciones desencajadas.

Por la puerta lateral, salieron al callejón que separaba la casa del departamento donde estaban las cuadras. Era allí donde acababa de sonar el disparo, y a donde aún olía a pólvora.

Johnson masculló:

—¡Mire!

Un hombre se tambaleaba, apoyado en una de las paredes. No era ya joven, pero todavía conservaba la plenitud de su vigor. Las manos se crispaban sobre el pecho, y entre los dedos resbalaba la sangre.

Ahora el que tuvo que apoyarse en una de las paredes fue Murray. No podía creerlo.

Johnson se dio cuenta de que el herido iba a morir. La bala le debía haber atravesado lateralmente el corazón, y todo era cuestión de segundos.

Trató de hacerle hablar antes.

—¿Quién ha sido? —masculló— ¡Dilo de una vez! ¿Quién…?

Los ojos del otro estaban desencajados de horror, pero también de asombro.

Con un terrible esfuerzo, trató de pronunciar el nombre. Pero sólo pudo balbucir:

—Yo… yo…

De pronto se derrumbó. Y bastó ver la expresión de sus ojos para comprender que acababa de llegar la muerte.

Murray se tambaleaba, sin poder creerlo. Sintió clavados en él los ojos recelosos de Johnson.

—Era su ayudante, ¿no?

—Lo fue… desde mis tiempos del ejército.

—Pues se acaba de ir de vacaciones. ¡Y usted me dirá por qué!

—¡Lo han asesinado!

—¿Sabe quién?

Murray lo sabía, desde luego, o al menos lo sospechaba. Se hubiera jugado la piel.

—¿Quién…? —aulló Johnson.

Él estuvo a punto de decirlo, pero, de pronto, comprendió que no le convenía.

Si hablaba, Johnson se las ingeniaría para caza vivo a Billy Wild, y en ese caso era probable que el muchacho contara todo lo que

sabía, que ya era mucho.

No, no… Incluso en este momento terrible, Murray, comprendió que había que obrar con frialdad. Quedaban muchas bazas a su favor, e iba a jugarlas. Sus hombres que eran muchos, matarían fácilmente a Billy Wild, antes de que éste dijera una sola palabra.

—No lo sé —murmuró.

—¿Seguro?

—Seguro… Y, por favor, le ruego comprenda que ahora estoy muy impresionado. Déjeme, de momento en paz, Johnson. Iré a declarar mañana por la mañana, si a usted le parece.

Johnson se acarició una ceja.

—Bueno, eso es razonable… Ya sé que usted no va a huir, Murray, y además esta muerte, que usted no ha podido cometer, cambia bastante las cosas. Pásese mañana sobre las diez por mi oficina, y hablaremos con calma.

—No faltaré, Johnson.

—Ah, una cosa. Supongo que usted se encargar del entierro de este hombre.

—Claro que sí…

—Pero no se dé prisa. Antes, quiero que lo vea el médico.

—Bien…

Johnson desapareció. Un rictus de preocupación deformaba su boca.

Empezaba a no entender nada de aquello, lo cual era lógico. Porque sin saber lo sucedido dieciséis años atrás, muchos detalles no tenían sentido.

Pero Johnson no sabía lo peor. No sabía que el horror acababa de empezar en Denver.

CAPÍTULO V

El hombre caminaba a través de los campos húmedos por la reciente lluvia. Toda la hojarasca despedía un intenso y puro perfume vegetal. Un aire fresco llenaba los pulmones, vivificándolos.

Pero el que avanzaba entre el bosque de Lamer y la llamada colina del Buitre, no se preocupaba de nada de eso.

Tenía la sensación de caminar sobre un volcán.

Sus propios pensamientos le hacían daño.

Tenía prisa por llegar a Denver, y ahora lamentaba no haber llevado su caballo. Pero Murray le había dicho que un hombre a pie llamaba menos la atención, para avanzar por atajos. Y él obedeció; en realidad, toda su vida la había pasado obedeciendo a Murray.

De pronto tuvo un estremecimiento.

Acababa de oír una voz surgiendo de un linde del bosque:

—Eh, tú…

Se volvió, de pronto.

Fue a llevar la mano al revólver, pero se dio cuenta de que el otro ya lo tenía en la mano.

Era apenas un muchacho. Pero en sus facciones flotaba como una máscara que él no había visto ni en el rostro de los pistoleros.

—¿Qué… qué pasa?

—Quiero hablar contigo.

—Tú eres Billy Wild…

—Sí.

—¿Y qué te sucede?

—Quiero que sepas una cosa. No hace ni tres horas he matado a tu amiguito.

—¿Qué… amiguito…?

—Vamos, no me hagas reír. Los dos lleváis muchos años sirviendo de ayudantes a Murray. Desde que él era coronel.

De pronto, Billy rió.

—Pero supongo que ya sabías la noticia. Tu palidez lo delata.

—Yo… no sabía nada.

—Es inútil que aparentes inocencia, creyendo que así las cosas van a ser mejores. Te he estado siguiendo, y sé que es Murray quien te ha enviado aquí, después de explicarte lo que sucedía. ¿Motivo?

—Ni… ningún motivo.

—Claro que sí —rió Billy—, claro que sí… Todo tiene un motivo en la vida, amigo mío, y en ese caso, más. Lo que te ha ordenado Murray ha sido reunir la banda.

—¿Qué banda?

—Lo sabes mejor que yo. Tiene un nombre muy peculiar. «La banda Negra». En pocos días, he aprendido tantas cosas, que me maravillo de lo relativo que es el tiempo. Uno pasa la vida entera sin que ocurra nada y, de pronto, en cinco segundos, el destino cambia. Ahora sé de qué modo consiguió Murray el dinero para establecerse. De qué modo ha podido ir aumentando su capital con esa rapidez vertiginosa. Y sé también por qué los hombres de su banda no se equivocan nunca. ¡Tenían informes de primera mano!

—¿Por qué me explicas todo esto a mí…?

—Pues, en realidad, sólo para decirte que sé de dónde vienes. Estoy enterado también de que no perteneces a la banda, y de que sólo has servido de mensajero, razón por la cual mereces que se te deje en paz.

Una luz de esperanza brilló en los ojos del hombre.

Susurró:

—Déjame ir. Te juro que no diré nada.

—Por esa razón te dejaría, pero es que hay algo más.

—¿Algo… más?

—Hace dieciséis años, en una lujosa casa de Georgia, ocurrió algo.

—¿Y tú qué sabes?

—No he sabido nada hasta hace poco tiempo. Pero un viejo sabio chiflado, el doctor Wildorf, se fue de la lengua. Luego, observé cierta actitud muy sospechosa en Murray. Y he ido ligando cabos.

—Pero yo… ¡yo no hice nada! Yo…

—Tú solo lo viste, ¿verdad?

—Sí…

—Y no hiciste nada. Ni defender a una pobre chica.

—¡No debes matarme por eso! ¡Yo sólo soy un cobarde! ¡Pero no me hubiera atrevido a tocarla! ¡Nunca hubiera hecho eso! ¡Nunca!

Billy Wild sonrió.

Se limitó a decir solamente:

—Nunca…

Y tiró dos veces.

El hombre que estaba enfrente suyo se estremeció, sin tiempo de sacar el revólver. Fue un asesinato, y Billy Wild lo sabía. Pero hay muchos modos de matar, y él conocía a una mujer que estaba muerta desde hacía dieciséis años.

Se acercó al caído. Vio que estaba bien muerto, porque las dos balas le habían atravesado el corazón, según el disparo que ya empezaba a ser el favorito de Billy.

Entonces le vació los bolsillos porque sabía que iba a necesitar dinero, aparte de un caballo, un revólver y balas, cosas que ya tenía. Aquel tipo llevaba encima nada menos que mil dólares, lo que para Billy era una auténtica fortuna.

Fue la primera vez que se dio cuenta de lo fácilmente que se puede conseguir el dinero, cuando uno pierde los escrúpulos. Y no supo hasta qué punto ello iba a influir en su destino.

De pronto, oyó el galope de un caballo.

Alguien se acercaba hacia allí.

Los disparos debían haberse oído a mucha distancia, y el bosque de Lamer ofrecía sólo un precario refugio, de modo que tenía que darse prisa.

Guardó el revólver, dio media vuelta y se ocultó velozmente entre los árboles.

Al instante, un jinete apareció, bordeando la colina del Buitre.

Johnson, pese a ser sólo un *sheriff* de pacotilla, hubiera podido ser *sheriff* oficial perfectamente, por el interés que ponía en todo. Desde el primer momento, comprendió que en su oficina perdería el tiempo, ya que los campos circundantes tenían que estar llenos de pistas, pistas que sólo hacía falta ir a buscar. Y llevaba ya varias horas galopando y poniendo atención en todo.

Hasta que oyó aquellos dos disparos, muy cerca de donde él estaba.

Picó espuelas, y llegó en un santiamén. Pero sus ojos se dilataron de asombro al ver aquel cadáver.

No esperaba tanto. No creía que los acontecimientos se fueran a precipitar de tal modo.

Murray había tenido dos ayudantes de la máxima confianza desde sus años militares. Ahora no tenía ninguno. Este tipo estaba bien muerto, y no cabía duda de que acababa de ser sacrificado por la misma mano que el otro.

El cadáver aún estaba caliente, y tenía en los ojos la misma expresión de asombro que su compañero.

Johnson se inclinó sobre él. Vio que, además, había sido robado.

Una honda línea de preocupación se marcó en su frente. Aquello era peor de lo que creía.

Se puso en pie, y miró en torno suyo, como queriendo buscar una explicación para sus dudas. Pero no vio nada; sólo se oían los susurros del viento en la hierba, sobre los campos vacíos.

¿Vacíos?

De pronto, vio aquellos dos jinetes en lo alto de lo que llamaban colina del Buitre. No podía reconocerlos porque sólo veía sus siluetas, pero les hizo una seña.

—¡Eh, vosotros…! ¡Venid…!

Tenían que ser gente de la ciudad. Le ayudarían a transportar el cadáver.

No le respondieron. Johnson repitió su gesto y su llamada:

—¡Os necesito! ¡Venid, por favor…!

Apenas vio aquella pequeña llamarada. No se dio cuenta de nada hasta que sintió aquel choque en la frente.

Con ojos desencajados, con una expresión de indecible asombro impresa en su rostro, cayó hacia atrás, con los brazos en cruz, mientras el botón encarnado entre sus dos ojos se hacía más y más grande.

Cuando cayó a tierra estaba ya muerto. Quedó sobre el otro cadáver, cubriéndolo en parte.

El hombre que acababa de disparar desde lo alto de la colina, guardó el rifle.

—Buen tiro, Murray —dijo el que estaba junto a él—. A tanta

distancia, y le ha dado en mitad de la frente.

Murray se acarició las cicatrices, que aún le dolían con más frecuencia de lo que hubiese querido, y que cada vez parecían hacerse más hondas y visibles.

—Johnson sabía ya demasiadas cosas —masculló—. Era urgente acabar con él.

—Pues lo ha conseguido…

—Sí, y además cumpliré mi palabra.

—¿Qué palabra?

—Tenía que verle en su oficina mañana sobre las diez. Y lo haré.

Añadió burlonamente:

—Cuando le lleve una corona, poco antes del entierro…

CAPÍTULO VI

Annabel se enteró de la muerte de Johnson cuando ya se había efectuado la ceremonia de la inhumación. Como siempre le había ocurrido desde que se instaló en Denver, las noticias llegaban a sus oídos cuando ya eran viejas.

Su aislamiento era casi increíble. No conocía apenas a nadie, fuera de unos pocos vecinos, y puede decirse que nadie la conocía a ella. Por eso la noticia de la muerte de Johnson la supo muy tarde, como si fuera un eco de lo que la gente decía.

En realidad, el día anterior debió haber ido a su oficina, pero no se atrevió a hacerlo.

Temía que le dieran una noticia terrible: La noticia de que Billy había sido encontrado muerto.

Pero ahora ya no podía vacilar. Necesitaba saber qué había ocurrido, ya que, pese a ser Denver una ciudad violenta, jamás habían ocurrido tantas muertes en cadena, como aquellos días.

Cuando muchas ciudades del Oeste ya estaban pacificadas, parecía como si allí se volviera al salvajismo de los tiempos que sucedieron a la guerra civil.

Se dirigió a la oficina, pensando que estaría cerrada.

Y, en efecto, no vio a nadie en el porche. Todo estaba silencioso y vacío como un cementerio.

El entierro de Johnson había tenido lugar aquella mañana. Aún había por la calle algunas flores esparcidas, de las que se desprendieron de las coronas.

Cuando se acercaba, vio a Simons, el ayudante.

—Simons…

—Hola, señora.

—Yo tenía una cita con Johnson, pero…

—Ya ve que es imposible, señora. No sé lo que sucede.

—¿Puedo hablar con usted?

—¿De algún asunto oficial?

—Desde luego. Usted era el único ayudante de Johnson, ¿no?

—Sí que lo era, pero no le sustituyo. Ni por todo el oro del mundo aceptaría yo la estrella, con lo que se está cocinando en la población. Con que sea cierto la mitad de lo que sospecho, ya hay para horrorizarse. De modo que me largo.

Y añadió tristemente:

—Le ruego que me comprenda.

—¿Ira a otra población?

—Sí. Nada me retiene aquí. Y, afortunadamente, hay trabajo para todo el mundo, en cualquier sitio adonde se vaya.

—¿Y yo? ¿Qué hago yo? ¿No se sabe nada de Billy?

—Nada, señora…

—Y no hay *sheriff*…

Simons señaló nerviosamente la oficina.

—Bueno, tanto como no haber… Pero es increíble lo que sucede, señora.

—¿Qué sucede?

—No sé si tomármelo a risa o echarme a llorar. Pero al fin he decidido encogerme de hombros y largarme. Lo que ocurra no me importa.

—En fin, no me ha dicho aun lo que sucede.

Simons volvió a señalar la oficina:

—Entre y lo verá. Abur.

Hizo un saludo, llevándose dos dedos al ala del sombrero, y se alejó rápidamente.

Annabel quedó consternada, pero no iba a estarse así quieta toda la vida. De modo que entró.

Y vio a alguien sentado tras la mesa que había sido del *sheriff* titular y luego de su sustituto Johnson.

Llevaba una estrella al pecho. ¡La miraba fijamente!

Pero Annabel se creyó obligada a preguntar:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué broma es ésta?

—Pase, señora.

—¿Por qué lleva la estrella?

—Porque soy el *sheriff*.

Annabel le miró, jadeante, pensando que todo el mundo se había vuelto loco.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Dieciséis.

—Dieciséis. Oiga, ¿cree que se puede jugar a esto?

El seguía mirándola fijamente.

Había en sus ojos algo que hacía estremecer.

Si bien sus facciones eran las de un muchacho, su cuerpo estaba completamente hecho. Y había en su expresión implacable, algo que le hacía parecer un hombre, o peor que un hombre…

—Siéntese, señora.

Ella, como hipnotizada, se sentó.

No sabía lo que le ocurría.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó con un soplo de voz.

—Glenn.

—¿Y es de la ciudad?

—Sí.

—No le había visto nunca…

—Quizá vive demasiado aislada.

—Eso es cierto. No veo nunca a nadie… —y de pronto, reaccionó—. ¡Pero todo esto es estúpido! ¡Un juego absurdo! ¿Quién le ha nombrado *sheriff*?

—Yo mismo.

—¿Usted…?

—La estrella estaba ahí —dijo Glenn, señalando uno de los cajones—. Nadie la llevaba, y nadie iba a llevarla en mucho tiempo, de eso estaba seguro. De modo que me la puse. Y si alguien quiere arrancármela, tendrá que hacerlo con su revólver. Que pruebe.

—Pero esto, ¿por qué?

—Alguien mató a mi maestro. Y aún no sé quién.

—¿Su maestro?

—Colman.

Los labios de Annabel temblaron.

—Colman enseñaba a tirar a mi hijo. Usted debe conocerlo.

—¿Billy Wild?

—Sí, Billy Wild. ¿Lo conoce?

—Es mi único amigo.

—¡Pero ha desaparecido! ¡Por Dios, tiene que ayudarme a

encontrarlo!

Annabel se aferraba a una loca esperanza, sin darse cuenta de que trataba con un muchacho, de alguien que tenía exactamente la misma edad que Billy.

La voz de Glenn fue seca y breve:

—En parte, por eso estoy aquí.

Extrajo un sobre de uno de sus bolsillos y añadió:

—Además, celebro que haya venido, señora Wild.

—¿Por qué?

—En parte, es usted heredera.

Ella se sorprendió. No entendía.

—¿Heredera yo? ¿Por qué?

—Esta carta lo dice. Es del viejo Colman, el hombre que murió asesinado. Él no tenía en el mundo más que un pedazo de tierra seca y estéril, que no vale nada. Se lo deja a Billy.

—¿Por qué razón?

Glenn se encogió de hombros lentamente.

—No sé. O quizá sí que lo sé. Billy y yo éramos los mejores discípulos de Colman, que nos quería como a hijos. Pudo habernos dejado esa tierra a los dos, pero consideró que a Billy le haría más falta porque él es pobre, y yo, no. De todos modos, he de advertirle que esa tierra no vale nada. Nunca he visto algo tan seco y tan triste.

—La he olvidado ya —susurró Annabel—. No creo que Billy la quiera. Ni yo tampoco, como posible heredera de Billy.

El guardó el sobre.

—De todos modos, voy a depositar esto en casa del juez. Esta carta es como un testamento, y tiene valor legal. Aunque la tierra no valga nada, supongo que con eso hago feliz al viejo Colman, quien así quedará más tranquilo en el otro mundo, pensando que ha dejado algo a alguien a quien quería.

—Me parece muy correcto, pero ¿cómo va a buscar a Billy? ¿Qué posibilidades tiene de encontrarlo?

—Yo más que nadie —dijo lentamente Glenn—. No haga caso de mi juventud. Precisamente porque conozco las costumbres de Billy, sé dónde puede haberse ocultado. Y lo encontraré.

Se puso en pie, como dando por terminada la entrevista.

Annabel no sabía qué pensar.

Le pareció absurdo ver a aquel joven allí, con la estrella, representando la ley en la ciudad, cuando seguramente jamás había disparado de verdad un tiro. Pero al mismo tiempo, sus palabras dejaban traslucir una completa plenitud, y le inspiraban una rara confianza.

De pronto, los batientes fueron empujados desde el exterior.

El tipo que acababa de entrar debió pensar lo mismo que al principio había pensado Annabel: que todo aquello era absurdo. Y que resultaba increíble el que aquel muchacho se hubiera atrevido a disfrazarse, poniéndose una estrella.

Era un tipo grueso, de ojos sanguinolentos y saltones, que miraba a Glenn con expresión divertida.

—¿Qué haces tú aquí, muñeco?

Glenn le miró en línea recta, sin parpadear.

—Usted es Donovan, ¿no?

—Claro… ¡Vaya! ¡Si va a resultar que el muñequito me conoce y todo!

Glenn no respondió. Extrajo de uno de los cajones un papel doblado, y lo miró fijamente. Luego, lo dejó sobre la mesa, sin decir una palabra.

Era un pasquín, y en él estaba reproducida la cara de aquel tipo, la cara de Donovan.

—Está reclamado en este condado —dijo, al fin—. Lo he visto antes, poniendo en orden los papeles de la oficina.

Donovan le miró con asombro. No sabía si reír o ponerse a lanzar gritos. Al fin emitió una carcajada brutal, que hizo estremecer la puerta.

—Pues sí. Estoy reclamado en el condado. Tiene gracia, ¿no?

—¿Cómo se ha atrevido a venir? ¿Quizá porque pensaba que aquí no había ley?

Donovan parpadeó. Todo aquello le parecía más increíble cada vez, pero ya empezaba a enojarse. Y, sin disimulos, fue acercando la derecha a la culata ce su revólver.

—Aquí no hay ley —masculló.

—Tal vez…, hasta ahora.

—Pero ¿qué clase de juego estúpido es éste? ¿Qué te has creído, mocoso?

—Yo creo muchas cosas —dijo Glenn fríamente—. Entre ellas,

que usted es uno de los que mataron a mi antecesor.

—¿Tu antecesor? ¡Claro que lo maté! Se estaba poniendo ya muy pesado, el muy imbécil. Como te estás poniendo pesado tú. ¡Y ya es hora de acabar con esto!

Empuñó el revólver decididamente, aunque sin sacarlo. Su actitud era clara.

Glenn preguntó fríamente:

—¿Trata de desafiarme?

—No, no trato de desafiarte, porque aquí no hay desafío posible. Lo único que puede haber aquí es una ejecución. ¡Y yo soy el verdugo!

Extrajo el revólver con centelleante velocidad, dando la sensación de que su movimiento apenas podía ser seguido por unos ojos humanos.

Annabel estaba literalmente aterrorizada.

Vio muerto a Glenn. Se dio cuenta de que ya nadie podía salvar a aquel muchacho, de la misma edad que su hijo.

Gimió, llevándose ambas manos a la boca, con expresión de horror.

Y, de pronto, sus ojos se desencajaron.

¿Qué era aquello? ¿Qué significaba aquel botón rojo que acababa de formarse entre los dos ojos del llamado Donovan? ¿Por qué éste se tambaleaba como si estuviera borracho?

Glenn guardó el revólver lentamente.

—Lo siento —dijo suavemente—. Es el primer tipo a quien mato. Y a lo mejor, con el tiempo, me hubiera caído simpático. ¡Tenía una risa tan alegre!

Capítulo VII

Al llegar a este punto de la historia, es preciso abrir un paréntesis que, en cierto modo, es largo, puesto que abarca casi tres años.

El lector habrá observado ya que, en la vida real, ocurre casi siempre así, que durante tiempo y tiempo no sucede nada, hasta que, de pronto, los acontecimientos se precipitan, sumiéndonos en una especie de estupor, como si nos sintiésemos desbordados. Luego, las cosas parecen calmarse, volver a su cauce, como si estuvieran cobrando fuerzas para una nueva acometida.

Así pasó en la ciudad de Denver.

La muerte del primer *sheriff*, la muerte de Johnson, toda aquella serie de crímenes en cadena, llegó a estremecer a la ciudad. Y de pronto, todo parecía quedar en calma.

De los principales personajes de aquel drama, sola Annabel permaneció en la capital de Colorado. Los otros fueron por distintos caminos, los cuales trataremos de seguir brevemente.

John Murray tenía un auténtico problema que estaba por encima de sus ambiciones materiales, de sus robos y del ansia malsana que sentía por volver a poseer a Annabel. Murray no podía dormir, no podía vivir a causa de su cara marcada, que le hacía avergonzarse ante todo el mundo. Y cuando supo que un cirujano de Nueva York podía hacerle un trasplante de piel, borrando aquellas fatídicas señales, no lo pensó más. Partió poco después, repartiendo una elevada suma de dinero entre los miembros de la «Banda Negra», que él dirigía en secreto, y licenciándolos por un año.

Su esposa Ethel permaneció en la solemne y elegante casa, sintiéndose más sola y retraída que nunca. Apenas salía ni recibía visitas.

Annabel no se atrevía a salir tampoco, más angustiada y

avergonzada que nunca, a causa de la ausencia de su hijo. Y no era que ahora le faltasen noticias.

Por el contrario, éstas eran abundantes. Más, mucho más, de lo que hubiese querido.

Ahora, el nombre de Billy Wild sonaba en todo el Estado.

Se le veía en los pasquines. Su cabeza valía cifras que jamás nadie llegó a sospechar.

En cuanto a Glenn, había salido en su busca. Abandonó la oficina del *sheriff* dos días después de matar a Donovan, llevándose sólo la estrella. Y a partir de aquel momento, se perdió su pista.

Para ocupar el cargo y representar la ley fue designado Percival, un tipo abúlico, cuya única ambición consistía en ahorrar para llegar a poseer un negocio de comestibles, y que no hizo absolutamente nada en su cargo, ni bueno ni malo. Su suerte consistió en que muchos federales empezaron a llegar a la zona, y la limpiaron en parte de forajidos, después de adornar muchos árboles con colgaduras humanas. Por tanto, ningún pistolero se acercó por Denver, ya que, de lo contrario, nadie sabe lo que hubiera sucedido.

Pero no nos perdamos en detalles suplementarios. Volvamos junto a los principales personajes de esta historia.

* * *

Glenn avanzaba cautelosamente.

Colman no le había enseñado a rastrear, sino a tirar solamente. Pero el muchacho había vivido tanto en el campo, conocía tan bien la comarca, que se movía en ella con la agilidad y el silencio de un verdadero apache.

Durante semanas había buscado el rastro de Billy Wild, basándose en la pista que le ofrecían sus atracos. Pero eso era difícil porque Billy era un tipo escurridizo, una especie de hombre-anguila, que no paraba dos noches en el mismo sitio.

Ahora, sin embargo, estaba a punto de dar con él.

Trepaba entre las rocas lentamente, acercándose al resplandor todavía lejano de la fogata.

Estaba seguro de que allí se encontraba el campamento de Billy. Y le confirmó en esta creencia el hecho de ver a Rodney montando guardia.

Rodney era un antiguo granuja de la frontera, un tipo que

siempre mataba por la espalda, y que si no llegó a dirigir una banda fue a causa de su escasa inteligencia. Ahora se había unido a Billy, y estaba allí, montando guardia, mientras los demás descansaban.

Glenn no pensaba tener consideraciones con él.

Rodney no era más que un hijo de perra, un asesino reclamado, al que no valía la pena detener.

Glenn saltó como un gamo entre la oscuridad, llevando el rifle cruzado entre los brazos.

Rodney ni se enteró. Lanzó, apenas, un gemido sordo cuando el cañón del rifle quedó delante de su cuello, apretándolo salvajemente contra Glenn, que estaba detrás.

Un momento después, sus vértebras cervicales estaban rotas.

Se desplomó hacia adelante, como una cosa fláccida, mientras Glenn resollaba con una cierta angustia, porque era la primera vez que mataba de aquel modo.

Miró en torno suyo.

No se veía a nadie. Tenía el camino libre hacia aquella lucecita ya más cercana, que era la hoguera en torno a la cual estaban reunidos los forajidos de Billy.

Avanzó lentamente, extremando las precauciones.

Y de pronto, le inmovilizó aquella voz helada, cortante:

—No hace falta que te muevas tan despacio, Glenn, te estoy esperando desde hace diez minutos.

Glenn se estremeció.

Conocía perfectamente aquella voz, pero nunca hubiese creído que la oiría de aquel modo.

Alzó la mirada, y vio a Billy Wild. Billy estaba medio apoyado en un tronco, y le observaba en silencio, apuntándole con un rifle. En sus labios parecía flotar una sonrisa burlona.

—He visto cómo matabas a Rodney —dijo—. No ha estado mal.

—¿Has visto cómo mataba a Rodney… y no lo has impedido?

Billy rió silenciosamente.

—Pche… A otro cualquiera le hubiese volado la cabeza, pero tratándose de ti, era distinto. Además, Rodney ya no me servía de gran cosa. Era estúpido y la verdad es que ya no sabía cómo librarme de él.

—No te conozco, Billy… Hablas como el cínico más grande que he oído en mi vida.

—La gente cambia… Y tú también has cambiado. Glenn. Eres muy distinto del muchacho que aprendía a tirar con el viejo Colman. ¿Qué haces con esa estrella?

—Soy el *sheriff* de Denver.

—¿De veras? No me hagas reír.

—Ya hubo quien rió, y se le ha quedado la risa petrificada en el otro mundo.

—Bueno. Suponiendo que seas el *sheriff* de Denver, que ya es mucho suponer, ¿qué haces aquí? Ésta no es tu ciudad. Ni siquiera estás en los límites de tu condado.

—Te buscaba.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Exclusivamente.

Un momento de silencio se produjo entre los dos hombres. Porque ahora ya eran dos hombres y, además, terriblemente peligrosos.

Por fin, Billy emitió una risita cansada, como si ya estuviera de vuelta de muchas cosas.

—¿Para qué? —murmuró—. ¿Qué necesidad tienes tú de buscarme, Glenn?

—Soy tu único amigo.

—Eso lo sé. Y tal es la razón de que no estés muerto ahora.

—Billy… —la voz de Glenn era tensa, casi angustiosa—. Deja ya esta vida. Han puesto precio a tu cabeza, pero esas cosas se arreglan cuando uno sabe retirarse a tiempo. Yo mismo podría facilitarte un viaje adonde tú quisieras. Tengo algún dinero ahorrado.

Billy volvió a reír silenciosamente.

—¿Dinero ahorrado? Yo también.

—No hablo en broma, Billy. Sé que has hecho buenos atracos en poco tiempo, pero no me refiero a esa clase de dinero, puesto que tendrías que devolverlo. Yo podría ayudarte a cambio de nada. Irías con tu madre allí donde quisieras.

—Ah… ¿Conoces a mi madre?

—La conocí el día que me puse esta estrella. Pero eso no importa ahora. ¿Qué me contestas, Billy? ¿Qué decides?

Él se pasó una mano por la mandíbula. No dijo nada, al principio.

—¿Necesitas un tiempo para pensarlo? —preguntó Glenn,

esperanzado—. Tampoco es indispensable que tomes una decisión ahora.

Billy retiró la mano de su cara y le miró de soslayo. Luego volvió a reír.

Fue aquella risa mortal, helada, lo que hizo perder todas las esperanzas a Glenn.

Se dio cuenta de que su amigo había cambiado del todo, y de que ya no había fuerza humana que le hiciera volver atrás.

—Billy… —susurró, de todos modos—, empezaste esta vida por una causa justa, y eso puede ayudarte a reflexionar. Aún estás a tiempo de comenzar muchas cosas, de rehacer tu existencia. No dejes que el destino te arrastre.

—El destino no me arrastra, Glenn. Soy yo quien le arrastra a él.

—¿Estás seguro?

—Hay algo que tú desconoces —dijo Billy, descansando las manos en el cinto canana—, y es la sensación de poderío que todo esto da. No puedes ni siquiera imaginarlo. Yo no soy más que un chiquillo en cuanto a la edad y, sin embargo, mando sobre un grupo de pistoleros curtidos. ¿Por qué? Porque tengo más inteligencia que ellos y, sobre todo, porque tiro muchísimo mejor. Todos saben que al que se desmande lo puedo dejar seco. Dispongo de dinero y todo el Oeste es mío. No hay nada que me esté prohibido. Tú no puedes imaginarte lo que es eso.

Glenn se mordió el labio inferior.

Entendía bien a su amigo, aunque hubiera preferido mil veces no entenderlo.

—Billy… Ésa es una sensación falsa. Siguiendo ese camino, llegarás a algo que tampoco te está prohibido: la horca.

—Me gustaría saber quién es el guapo que va a llevarme a ella. Para eso hace falta que a uno le echen el guante. ¿O crees que voy a ir yo solito hasta el verdugo?

—No es tan difícil. Estamos los dos hablando aquí, lo que significa que yo mismo puedo haberte cazado.

—Daré la vuelta a la frase —rió Billy—. Estamos los dos hablando aquí, lo que significa que no te he matado porque eres mi amigo.

Glenn reconoció en silencio, que aquello era verdad. Billy pudo haberle matado perfectamente.

—¿Has pensado en tu madre? —preguntó con voz suave, tratando de convencerle—. ¿Ella no significa nada para ti?

Billy se pasó una mano por la boca, e hizo un gesto como si quisiera alejar un pensamiento molesto.

—Le enviaré dinero —gruñó, al fin.

—Tú sabes bien que ella no lo aceptaría, sabiendo de dónde procede.

—Eso es una tontería. El dinero no tiene color.

—Para tu madre sí que lo tiene. Tu madre es una mujer blanca por fuera y, lo que es más importante, por dentro. Tiene una conciencia tan limpia, que deberías haber pensado en el respeto que eso merece.

—¡No pienso ser un chiquillo toda mi vida! —masculló Billy, sintiéndose molesto ante aquella conversación—. ¡Y, de todos modos, esto tenía que suceder! ¡Yo tenía que matar, desde el momento en que supe lo que supe!

Glenn le miró, extrañado.

—¿Qué supiste?

—Fue por causa del doctor Wildorf.

—Pero ¿qué te dijo él?

—Mi madre fue forzada por un hijo de perra, cuando ella sólo tenía diecisiete años. Y yo soy el producto de aquella hazaña.

Glenn se estremeció. Pese a conocer bien el salvajismo del Oeste, en su mente y en su formación moral no entraban aquellas cosas.

—¿Es posible? —balbució.

—¡Y tan posible! Comprenderás que, desde entonces, yo no tenía más remedio que matar.

—¿A quién?

—¿Y lo preguntas? Oye, muchacho, ¿tú has nacido ahora o qué? Tenía que matar al tipo que hizo aquello.

—¿A tu propio padre?

—Me gustaría saber qué tiene de padre un tipo de esa clase.

—Pero ¿conoces su nombre?

—¡Pues claro!

—¿Quién es?

Billy Wild volvió a reír, ahora con amargura.

—Eso no le importa a nadie, muchacho.

—¿Por qué no? ¿Temes que le ponga en guardia?

—No es eso, pero la verdad es que temo bastantes cosas al mismo tiempo. Podrías ponerle en guardia, no por mala intención, sino por excesiva buena fe tuya. Cualquiera se va de la lengua, ¿entiendes? Por otra parte, y a pesar de que eres mi mejor amigo, me molesta que sepas lo que ya sabes. Como el tipejo ese vive en Denver, sólo faltaría que lo vieras y pensases: «Ese fulano hizo lo que quiso con la madre de Billy». No… La cuestión es estrictamente privada entre él y yo. Y lo mataré, te lo juro.

Añadió con voz ronca:

—¿No comprendes que cuando uno tiene que matar, ya no puede detenerse?

—Billy. Quisiera tener palabras que te convenciesen, pero no las encuentro. Quisiera ser tan elocuente que entendieras lo que en este momento pasa por mis pensamientos. Sin embargo, no soy más que un discípulo del viejo Colman, y no paso de ahí. Pero te diré una cosa: Estoy seguro de que tu madre no querrá que mates a ese hombre.

—Ella no sabe lo que quiere.

—¡Por Dios, piénsalo bien!

—Ese tipo la ha molestado otra vez. Fue entonces mando decidí matarle.

—¿Se ha atrevido a…?

—Sí.

Glenn hundió la cabeza.

—¿Y no puedo saber quién es? Tal vez yo pueda hacer algo.

—No, no vas a saber quién es. Resulta inútil tu insistencia, muchacho. Y además, tú tampoco me has contado grandes cosas de tu vida. Somos amigos, pero ni siquiera sé en qué parte de Denver vives.

—Tuve una razón para no hablarte de eso.

—¿Una razón? ¿Cuál?

—Verás, yo soy más rico que tú, y nunca quise humillarte. La diferencia social quizá hubiera terminado con nuestra amistad, lo que me hubiera dolido más que cualquier otra cosa en el mundo.

Billy volvió a reír, pero ahora nerviosamente.

—Bueno, Glenn, lárgate ya… En cualquier momento, puede llegar uno de mis hombres, y ellos no tienen tanta paciencia como yo. Fuera de aquí, si quieres seguir viviendo.

—¿Me amenazas?

—No, no te amenazo. Solamente te advierto.

Glenn apretó los labios, decidido a todo.

—¡Vas a venir conmigo, te guste o no!

En aquel momento, sonó un disparo.

Venía entre las rocas, a la derecha de Glenn, muy cerca de donde ambos estaban.

El joven *sheriff* se estremeció. La bala no sólo le había destrozado la caja del rifle, sino que, al rebotar le había penetrado en el hombro izquierdo.

Al instante, notó que no iba a morir de aquélla, pero el dolor era tan intenso que se encogió, sintiendo como si fuera a desplomarse a tierra.

Un hombre apareció entonces. Llevaba un revólver de cañón extralargo en la mano derecha.

—¿Te amenazaba, jefe? ¿Lo liquido de una vez?

Billy se pasó otra vez la mano por la boca.

—No, no lo liquides, sino todo lo contrario. Come escarmiento, ya ha tenido bastante por esta vez. Curadle, le atáis las manos a la espalda y lo lleváis hasta las cercanías de Denver, dejándolo allí. No va a encontrarnos nunca más. Nosotros levantamos el campo esta noche.

CAPÍTULO VIII

Cuando uno cambia en la vida, las cosas siguen su camino solas. Todo es cuestión de empezar. Lo que parecía una cosa provisional, se transforma en algo casi definitivo, en algo que, como mínimo, dura varios años.

Eso fue lo que sucedió a los principales personajes de esta historia.

Billy Wild había puesto más o menos un tope a su carrera de violencias: estaría haciendo aquello hasta que reuniese algún dinero y liquidara a John Murray. Pero los atracos eran para él muy fáciles, y el dinero parecía llegar a sus bolsillos solo, por lo que cada vez se le hacía más cuesta arriba dejar de explotar aquella «mina». De otro lado, se enteró de que Murray no estaba en Denver, y eso significó un aplazamiento forzoso de sus planes. De modo que siguió con su vida actual, sin variarla un ápice.

Dos años después de su entrevista con Glenn, era ya el hombre más buscado de Colorado. Pero no solamente los hombres de la ley no habían logrado echarle el guante, sino que ni siquiera le rozaron con una bala.

El único que iba tras él incansablemente era Glenn. Éste parecía haber hecho de aquello la misión de su vida. La perseguía sin descanso, no con el propósito de matarle, sino de hablar con él nuevamente y convencerle aún. A aquella misión, que para él era sagrada, se aplicaba con todas sus fuerzas, pese a saber que era una misión sin esperanza.

Dos años no le habían cambiado gran cosa. Sólo se había concentrado más en sí mismo, y su expresión era más dura, más hermética.

En cuanto a John Murray, parecía dispuesto a prolongar, al

parecer indefinidamente, su estancia en Nueva York.

Tenía dos buenas razones para ello.

La primera y más importante era la de su cara. Dos operaciones sucesivas no marcharon tan bien como él imaginó. Las cicatrices aún se veían y, además, la piel añadida a su rostro había dejado una marca que no había modo de quitar.

Sometiéndose a nuevos tratamientos, estaba seguro de que todo marcharía bien. Y por eso se quedaba en una ciudad, que cada día era más grande y populosa.

Por otra parte, había, ya se ha dicho, una segunda razón.

Teniendo dinero en abundancia, la vida en Nueva York era deliciosa. No necesitaba esconder sus pequeños líos, como en Denver. Aquí había alquilado un lujoso apartamento en la Sexta Avenida, por la que ya traqueteaban los primeros tranvías, y vivía rodeado de mujeres continuamente. A todas las escogía muy jóvenes y con expresión ingenua, pues había algo en su vida que no pudo olvidar jamás, pese a todos sus esfuerzos: la mujer más pura y más bonita que tuvo entre sus brazos, allá en la lejana Georgia, durante los días azarosos de la guerra.

Todas le recordaban a Annabel. Y a veces, se preguntaba qué haría ella en Denver, llegando incluso a pensar en ofrecerle una gran suma de dinero para que viniese a Nueva York. Pero eso era peligroso porque Ethel, su mujer, también vivía en Denver. Y siempre terminaba dejándolo.

Aquello duró casi tres años, hasta que el poderoso John Murray tuvo que enfrentarse a una realidad insoslayable.

Se le había terminado el dinero.

Al liquidar provisionalmente la banda, repartió grandes sumas entre sus hombres, para que estuvieran contentos y no sintieran la tentación de traicionarle, delatando su identidad. Luego, tuvo que hacer frente a las operaciones faciales, que le costaron grandes sumas. Enviaba con frecuencia dinero a su mujer. Y, por fin, vivía siempre rodeado de señoritas complacientes, lo cual no es cosa que se pueda permitir cualquiera.

Todo eso le movió a liquidar su negocio bancario, cuando ya llevaba un año en la capital; lo hizo porque necesitaba dinero y porque el negocio marchaba mal, sin su presencia. Le dieron una suma tan grande que pensó que con ella podría vivir como un

maharajá su vida entera. Pero hasta un maharajá se arruina, si no hace más que gastar y no cobra. Dos años más tarde, John Murray se encontraba sin un centavo.

No se asustó, porque eso ya le había ocurrido una vez.

Cuando tuvo que dejar la alcaldía de Denver, a causa de sus desfalcos, también pasó por una mala época, hasta que tuvo la idea —para él genial—, de organizar una banda y planear los golpes, de acuerdo con los grandes conocimientos que él tenía de la comarca.

Ahora haría lo mismo.

Sus hombres estaban dispersos, pero no costaría reunirlos otra vez. Sólo un par de ellos habían muerto ahorcados en tres años, y a otro lo mató su mujer de un ladrillazo, una semana después de casarse; no costaría nada sustituirlos por otros. Incluso era posible —pensó, divertido—, que diera entrada a la viuda del ladrillazo en la banda. Debía ser una mujer de espanto.

Se despidió de todas sus amigas —excepto de una, muy joven, que se llevó a la fuerza a Denver—, y se dijo a sí mismo, como un honrado cajero de banco, al que se le terminan las vacaciones:

—Bueno… Ahora hay que volver a trabajar.

* * *

Cuando llegó a Denver, ya no se le notaba nada en la cara. Fue a su casa, estuvo muy amable con su mujer, y un día después se instaló en el edificio donde había tenido su banco.

Sólo el local le pertenecía aún. De lo que había sido un floreciente negocio, ya no quedaba nada, excepto unas cuantas sillas y una mesa. El banco, con el mismo nombre y otros dueños, trabajaba ahora en el centro de la calle principal.

Pero Murray no se desanimó. Sabía que había que empezar otra vez por el principio.

No llevaba ni media hora allí instalado, cuando recibió una visita.

Era un individuo vestido de negro, cuyas facciones parecían talladas en un bloque de piedra. Alto y delgado, llevaba dos revólveres con las fundas muy bajas, sujetas a los muslos por dos correíllas. Debía tener unos veintitrés años.

Murray había oído nombrar mucho a Burton, e incluso había visto retratos suyos, Pero todo quedó pequeño ante la cruda

realidad.

Aquellas facciones terriblemente rígidas… Aquellas dos cicatrices. Aquella mirada de hielo…

Sin quererlo, se estremeció.

Burton se sentó en la silla que había al otro lado de la mesa y le miró fijamente.

—Me ha hecho llamar —dijo tan sólo.

—Sí. Le puse un telegrama por medio de uno de mis hombres.

—Bien. Aquí estoy.

—Ejem. Celebro que aceptara, Burton.

—Mi banda cayó en una emboscada cuando yo estaba enfermo, y los muy imbéciles murieron todos. No es que lo sienta, lo tenían bien merecido… Pero, por el momento, he decidido no formar grupo otra vez. Es mejor asociarse con alguien. Espero que mi proposición le interese, Murray.

—¿Qué proposición?

—Usted será el jefe y decidirá los golpes. Yo los realizaré. Tengo experiencia, y todo saldrá a pedir de boca, pero cincuenta y cincuenta, amigo.

—¿Quiere decir que se quedará la mitad de los beneficios?

—Ujú.

—Estoy pensando que no me conviene, Burton.

El pistolero fue a ponerse en pie perezosamente.

—Bien, no se lo reprocho. Es libre de aceptar o no. Pero recuerde que es usted quien me ha buscado, Murray. Y esta zona da para una banda bien organizada, pero no para dos que se hagan la competencia. Porque yo también tendré que trabajar.

Murray se mordió el labio inferior nerviosamente.

—Espere.

—¿Qué hay?

—Acepto partir las ganancias. Pero deberá encargarse en seguida de una cosa.

—Usted dirá.

—Dos de mis hombres traen a una chica a la fuerza. Una muñeca, ¿sabe? A su modo, es honrada, y no quiere que suceda lo que va a suceder. No podía traerla conmigo porque soy conocido aquí, y por eso he hecho que la transporten mis hombres.

—Bien.

—Quiero que la instale en el hotel. Pero antes debe asustarla; debe hacerle comprender que no tiene más remedio que someterse, ¿entiende?

—Ujú.

—Me han dicho que usted trata a las mujeres de una manera muy delicada.

Burton rió lentamente.

—Sí. Muy delicada. Se acuerdan de mi suavidad toda su vida.

—Con ésta haga lo que quiera, menos aprovecharse.

—De acuerdo. Media hora después de llegar ella aquí, la tendrá mansa como una gata.

—Es posible que luego tenga que amansar a otra mujer, a la que hace tres años que no veo, pero que supongo se conserva tan hermosa como siempre. Se llama Annabel Wild.

—¿La madre de Willy Wild?

—¿Cómo lo sabe?

—Porque precisamente pensaba hablarle de ella. Y aquí ya vamos a empezar a partirnos las ganancias, amigo.

—¿Es que hay dinero detrás de eso?

—Mucho.

—A ver, explíquese.

—Usted sabe quién era Colman —dijo Burton lentamente—. Claro que lo sabe y, además, conoce muy bien la clase de muerte que tuvo, de modo que no voy a insistir en eso. Pero el viejo buitre tenía un terreno que no valía nada, y lo dejó en herencia a Billy Wild. La carta está depositada en los archivos del juez, como si fuera un testamento.

—¿Y qué?

—Ahora resulta que ese terreno vale una fortuna, porque unos ingenieros han descubierto petróleo en él. Su riqueza es incalculable. No han hablado aún con nadie, excepto conmigo. Es que me contrataron para «protegerlos», ¿sabe? Creían que todo esto estaba lleno de bandidos.

Murray apretó nerviosamente los bordes de la mesa.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Completamente. Y tengo un plan.

—¿Cuál?

—Es un plan que no puedo realizar solo. En primer lugar,

buscaré a Billy Wild, cosa que no me será difícil porque a mí todos los forajidos me dan informes. En segundo lugar, le hablaré de lo que vale su terreno ahora, y le convenceré para que lo venda. A mí me creerá.

—Siga —musitó Murray, más interesado Cada vez.

—Le atraeré por la noche a este local. Tiene una apariencia respetable, si usted se encarga de amueblarlo un poco y pone en la puerta una placa de abogado, con un nombre cualquiera. Dos hombres de mi banda, bien vestidos simularán ser los ingenieros interesados en comprar. Hablaremos con Billy hasta que éste vaya adquiriendo confianza y abandone los recelos con que, sin duda, entrará aquí. Entonces…

Un relampagueo cruel pasó por los ojos de Murray.

—Quiero hacerlo yo —dijo roncamente.

Burton rió.

—No veo inconveniente, puesto que, además, esa sangre sellará nuestra alianza. Ponga unas cortinas o algo tras lo que usted se pueda ocultar. Desde allí, lo mata cuando yo de la señal, que consistirá en ofrecer a Billy un cigarro.

—Me parece perfecto. Eso no es difícil para mí. Pero una vez muerto él, la propietaria del terreno es su madre…

Burton volvió a reír, haciendo una mueca de desdén, como si aquel detalle careciera de importancia.

—Precisamente. La madre nos venderá esa zona, sin sospechar lo que contiene. Una mujer siempre es fácil de convencer. Hay «medios» …

Murray lanzó una carcajada, y estrechó la mano de Burton de lado a lado de la mesa.

El pacto entre los dos granujas quedaba sellado.

—La verdad —murmuró Murray—. No creí que al volver a Denver empezara a «trabajar» tan aprisa…

* * *

Billy Wild descendió de su caballo.

Había cambiado bastante en tres años. Es posible que ni su propia madre le hubiera reconocido.

Una profunda arruga surcaba siempre su frente, que parecía más estrecha. Había adelgazado, y sus miembros eran más elásticos y

duros. Su mirada era implacable se clavaba en todos los detalles, apenas llegaba a un lugar desconocido.

Claro que aquello no resultaba desconocido para él. Denver, al fin y al cabo, era su ciudad, aunque hubiera cambiado mucho.

—Hace tiempo que no venías, ¿verdad? —preguntó Burton, mientras arrimaba los caballos a la pared.

—Más o menos tres años.

—Ya ves que todo está distinto. Estas ciudades crecen como los hongos en otoño.

Los dos hombres hablaban cuchicheando en la oscuridad de la noche. Un par de centinelas vigilaban en las esquinas para que no ocurriese nada. Lo único que Billy no sabía era que aquellos hombres no estaban allí para protegerle, sino para que no saliese vivo de la encerrona.

Pero, por primera vez desde que empezó aquella vida, tenía confianza.

Sabía que Burton era de los suyos. Un tipo con la cabeza puesta a precio no tendría ningún interés en favorecer a la ley.

—Antes, aquí, estaba el banco de Murray —dijo.

—Pero ahora vive un abogado.

—¿Es de confianza? ¿No se irá de la lengua?

—Está obligado a guardar el secreto profesional. Pero si no lo hiciera, ya puede suponer que…

E hizo un expresivo gesto en el cuello, lo que obligó a Billy a lanzar una breve carcajada.

Al entrar en la casa, sin que nadie les viese, dirigió una mirada a la placa. Muy astuto, Murray había hecho instalar dos horas antes una no del todo nueva, para que pareciese que llevaba mucho tiempo allí. Billy se tranquilizó.

El despacho era acogedor y solemne. El «abogado», un actor a quien Burton había contratado para que hiciese aquel papel, estaba rodeado de documentos por todas partes. Parecía tener muchísimo trabajo, y apenas miró a Billy.

Esto, aunque parezca mentira, tranquilizó aún más al pistolero. Le desasosegaba el que la gente se fijase en él.

—Por favor, siéntese. Éstos son los posibles compradores.

Los «ingenieros» hicieron perfectamente su papel. Llevaban trajes anchos, de modo que no se notara que transportaban un

arsenal bajo sus ropas. Durante largo rato, estudiaron unos planos del terreno sin mirar apenas a Billy, como si sólo el negocio les interesara. El pistolero iba sintiéndose más y más tranquilo a cada minuto que pasaba.

Por fin hablaron del precio, y se enzarzaron en una discusión que parecía no tener fin, todo con el objeto de distraer a Billy.

Murray, oculto detrás de unas cortinas, con el revólver preparado, sudaba de angustia y de impaciencia.

¿Por qué tardaban tanto? ¿Por qué no disparaba, y terminaba aquella comedia, de una vez?

Pero Burton sabía lo que se hacía. Le daba miedo la fabulosa rapidez de Billy, que en cuanto notase algo extraño dispararía sin preguntar nada. Y era capaz de cargárselos a todos, antes de marcharse aullando al otro barrio.

Por fin lo vio enfrascado totalmente en la discusión. Y con expresión meliflua, le tendió un cigarro.

—Son buenos —dijo.

Billy lo aceptó.

Lo puso entre sus dientes y, de pronto, le pareció oír un susurro a su derecha.

¡Aquellas cortinas! ¡Aquellas malditas cortinas, a las que antes no dio importancia!

Llevó la mano al revólver, con una fulminante rapidez. Y, de pronto, sus ojos quedaron helados.

Acababa de ver a Murray. Y una expresión de asombro y de odio se dibujó instantáneamente en su rostro.

—¡Maldito! —Llegó a decir.

No pudo pronunciar una palabra más.

Llegó a «sacar», pero tiró al suelo. Murray tenía todas las ventajas, y apretó el gatillo tres veces.

Las tres balas dieron en el blanco. Billy se estremeció, alcanzado mortalmente, mientras tres chorros de sangre partían de su cabeza.

Murray, al verlo caer, aún se acercó a él, jadeando de excitación. Y aún le apoyó el cañón en la sien, para disparar una última bala.

Luego, se hizo un espantoso silencio en la habitación.

Todos, menos Burton y Murray, tenían en sus bocas una mueca de asco. Habían aceptado aquella traición, pero ahora, al verla, todos se sentían ensuciados, por haber tomado parte en ella.

El actor que hacía de «abogado» estaba materialmente sin habla. Con voz apenas audible, logró balbucir:

—De… déjenme salir de aquí.

—Espere —ordenó Burton.

—¿Esperar? ¿Por qué?

—Por Billy se ofrecen tres mil dólares, y no vamos a echarlos a la calle. Usted presentará el cadáver, y dirá que lo ha liquidado. Cuando cobre los tres mil pavos, se quedará mil. Los otros para mí.

—Pero…, ¡pero su banda se vengará!

—Se vengará de todos modos, o sea que igualmente tendrá que irse lejos. Se viaja mejor con el bolsillo lleno, ¿no? Pues adelante.

Murray guardó el revólver.

—Hay que salir de aquí. ¿Habrán oído los disparos?

—Yo creo que no.

—Pues vamos… A ver, ¿cuántos somos?

Contó, cosa que no había hecho hasta entonces. Los dos «ingenieros», Burton y él. En total cuatro revólveres, por si ocurría alguna cosa. Al actor no lo contaba.

—Fuera tengo a dos hombres —añadió Burton, adivinando sus pensamientos.

—Pues vamos. Ese delante.

Señaló a uno de los «ingenieros». Éste se encogió de hombros, sacó un revólver, atravesó una habitación y llegó a la puerta de la calle, que abrió con la mayor confianza.

Así es como hace uno las cosas cuando no tiene ni idea de que se va a ir al otro mundo: con la mayor confianza. Y, claro, liquidar a un tipo que ofrece tantas facilidades, piensan algunos, da gusto.

CAPÍTULO IX

Eso debía pensar el hombre que estaba al otro lado de la calle, oculto por la oscuridad de uno de los porches. Un hombre que parecía encontrarse allí con una sola idea…, ¡matar!

En el rostro de Glenn se dibujaba una mueca quieta, profunda, amarga.

Había seguido a Billy tantos meses, que resultaba imposible que un movimiento del pistolero le pasara desapercibido. Por eso había notado que venía a Denver, aunque sin saber el objeto de tan extraña visita. Y por eso aguardaba en la calle una oportunidad de apresarle.

Hasta que oyó aquellos disparos, y entonces se dio cuenta de que acababa de culminar una encerrona. Burton, a quien vio entrar con Billy, se había deshecho de él, por una razón u otra. Y un frío odio, una decisión terrible de vengar aquello, le acometió, de repente.

Nunca hubiera podido imaginar que aún apreciase a Billy tanto. Nunca pudo creer que su muerte le destrozara por dentro.

Apenas vio dibujarse en la puerta aquella sombra, tiró al bulto, sin pensar.

Glenn había matado ya a varios hombres en su largo peregrinaje. Y cuando empuñaba el revólver, sentía como si una fuerza ciega actuase por él.

Oyó un terrible aullido de muerte.

El pistolero, alcanzado en la cara, había caído hacia atrás. El otro, que ya estaba en el umbral, no pudo retroceder a tiempo.

Una segunda bala surgió de las tinieblas. Y el plomo ardiente rasgó la garganta del segundo enemigo.

Burton se dio instantáneamente cuenta de lo que sucedía. Comprendió que habían caído en una trampa.

No sabía cómo, pero los hechos eran los hechos. Ya pensaría luego; ahora hacía falta actuar.

Necesitaba ganar unos segundos. Con el mayor cinismo, indicó al actor la puerta.

—¡Corra! ¡Usted aún puede huir! ¡Nosotros resistiremos!

El hombre de teatro no pensó que iba a servir de carnaza mientras los otros huían. Falto de experiencia, sólo pensó una cosa: en huir. Había que escapar de aquel infierno, al precio que fuese.

Cuando asomó por la puerta, sólo tuvo tiempo de lanzar un grito de horror.

Dos balas le pespuntearon el pecho. Una tercera le voló materialmente la cabeza.

Glenn disparaba sin piedad, como una máquina sin alma, como, un verdugo que ejecuta.

Pero Murray y Burton habían ganado ya los segundos que necesitaban, esos segundos que siempre separan la vida de la muerte. Mientras tenían a su enemigo entretenido con el actor, ellos dos corrieron hacia la puerta trasera.

Por allí no había peligro. Salieron.

Las sombras se los tragaron velozmente, como a dos buitres en la noche.

Capítulo X

Glenn estaba seguro de que había alguien más en aquella casa, pero el silencio más absoluto siguió a la, caída de su tercera víctima. También estaba seguro de que muchas personas habían oído el tiroteo y espiaban detrás de las ventanas, pero sin atreverse a salir hasta que el peligro hubiera pasado.

Entrecerró los ojos.

En sus labios se dibujaba una mueca cruel.

Si alguien se había quedado dentro, de poco le iba a servir. Él le sacaría a balazos de su madriguera. Pegaría fuego al edificio, si eso hacía falta.

Decidiéndose, corrió hacia la entrada de la casa, avanzando en *zig-zag*.

Esa precaución fue la que le salvó, al menos de momento, porque lo que Glenn ignoraba era que habían quedado dos centinelas en la parte posterior de la casa, donde estaban los caballos, y que ahora esos centinelas acababan de pasar al ataque.

A uno lo vio, al otro, no.

Al que vio, lo distinguió precisamente gracias a sus dos fogonazos casi seguidos. El tipo creyó tener seguro a Glenn, y apretó el gatillo con precipitación.

Pero los movimientos en *zig-zag* del joven le desorientaron.

Glenn cayó de rodillas. No había sido rozado siquiera, pero en el primer momento lo pareció.

En esa postura hizo fuego. Vio a su enemigo, que corría para acercarse a él.

De pronto, el pistolero se detuvo. Dio una vuelta sobre sí mismo,

como una peonza, mientras alzaba los brazos al aire.

La bala le había atravesado el corazón. Era asombroso lo que se parecían los tiros de Glenn a los tiros de Billy. El joven *sheriff* se puso en pie.

No había visto a su segundo enemigo; ni tan siquiera sospechaba su presencia.

Pero el otro pistolero estaba allí, a su espalda. Había alzado ya el revólver.

Se dispuso a disparar, con las facciones contraídas.

El tiro era seguro; no podía fallar.

Sonó un disparo.

El pistolero se llevó las manos a la nuca, donde acababa de sentir un dolor atroz, mientras todo el mundo giraba en torno suyo. No se dio cuenta de que era él quien estaba dando vueltas frenéticamente. Cayó de pronto a tierra, y hundió la cabeza en el polvo, mientras desde su cuello resbalaba para abajo un espeso chorro de sangre.

Glenn miró hacia donde acababa de sonar la detonación, asombrado, no sabiendo aun lo que ocurría.

Sólo tuvo tiempo de ver aquella especie de sombra que se deslizaba por uno de los tejados.

Una sombra no muy grande, y que llevaba su rifle en las manos. Fue eso todo lo que pudo ver.

Asombrado, giró sobre sí mismo.

Ahora el silencio le parecía brutal, espantoso, pero sobre todo el silencio estaba en él, en el interior de su propio cráneo.

No comprendía quién podía haberle salvado la vida.

Pero, por el momento, decidió olvidar eso. Con movimientos rápidos, se dirigió al interior de la casa, entrando en ella con precaución. Pero no había nadie. Una ojeada a la puerta posterior le bastó para comprender que por allí habían huido sus últimos enemigos.

Volvió entonces la cabeza, y vio el cadáver de Billy Wild.

Lo habían acribillado.

Con expresión desolada, Glenn arrancó una de las cortinas, y se dispuso a envolverlo en ella, para sacarlo de allí. Vio, en la zona que la cortina había ocultado hasta entonces, los restos de un cigarrillo.

No eran muchas las personas que fumaban cigarrillos en aquel lugar y en aquella época. Casi todo el mundo fumaba cigarros de espeso tabaco, elaborados a mano. Y Glenn conocía muy bien al que podía haber dejado aquellos restos.

Sus labios se contrajeron en una mueca. Le bastaba ver la posición de Billy para saber desde dónde le habían disparado.

Pero no pronunció una sola exclamación, no hizo ni un gesto.

Envolvió el cuerpo de Billy en la cortina, y fue a cargárselo sobre los hombros.

Cuando estaba haciendo aquello, oyó una voz a su espalda:

—Señor Murray…

Glenn se volvió. Bastaba ver al tipo que estaba en la puerta para saber cómo se ganaba la vida el que acababa de entrar. Era de lo más granujiento que Glenn había visto, pero, sin embargo, no parecía ir a adoptar ninguna actitud ofensiva. Más bien parecía sorprendido y receloso.

—¿No está el señor Murray? —murmuró.

—Ha salido, pero lo que sea puede decírmelo a mí.

—Es por aquella chica, la del hotel.

Glenn arqueó una ceja.

—Ah, sí —dijo, como si le entendiese.

—Se está poniendo insoportable. Se ve que nunca le han puesto la mano encima…, en ningún sentido.

—¿Y qué?

—Quiero saber qué hago con ella. Si le pego una buena paliza o no. Le he «ablandado» un par de veces, según lo que me dijo Burton, pero tengo miedo de que se me vaya la mano. ¿Puedo acariciarla hasta sacarle un hueso de sitio? ¿Sí o no?

—¿Qué dice la gente del hotel? ¿No se queja, al oír los golpes?

El pistolero rió simiescamente.

—¡Quiá! En primer lugar, tenemos todo el último piso alquilado para nosotros, de modo que no hay vecinos. En segundo lugar, le atizo con una de sus medias, llena de arena, por lo que no hago ruido. Y, en fin, ella tampoco chilla. Se muerde los labios, pero no grita. Sabe que, si lo hiciese, la mataríamos.

El pistolero no se dio cuenta de la luz terrible que acababa de pasar por los ojos de Glenn.

Con voz apenas alterada, el joven preguntó:

—¿Qué sucede para que esa chica tenga tantos remilgos?

—Pues, sencillamente, que nadie le ha puesto nunca la mano encima, ya se lo he dicho. Infiernos… A veces, pasan cosas que le dejan a uno helado. Ella es la hermana menor de una ex amiguita de Murray. El jefe se encaprichó de ella, y la hermana la vendió. Así como suena. La propia hermana la sacó engañada de Nueva York. Bueno, ¿qué hago? ¿Y qué significan todos estos muertos?

—Me extraña que no le hayan llamado la atención antes.

—Estoy acostumbrado a que haya muertos por allí por donde pasa Burton. Nunca me he sorprendido por eso.

No vio a Billy Wild porque ya estaba envuelto en las cortinas. De otro modo, es muy posible que la cosa le hubiera llamado mucho más la atención.

Glenn murmuró:

—Iré yo mismo al hotel, dentro de unos momentos. ¿Cuál es?

—El «Gloria».

—Bien.

El pistolero se largó. No había dirigido más que una mirada de soslayo a los cadáveres, que estaban hundidos en las sombras, o caídos de bruces sobre el suelo. Ni le pasó por la cabeza que pudieran ser de sus propios compañeros. Para él Murray y Burton eran los dueños de la ciudad, de modo que no se le ocurrió que pudieran haber sufrido una estrepitosa derrota.

Glenn, al quedar solo, cargó sobre sus hombros el cuerpo de su amigo. Y con él, lentamente, avanzó por el centro de la calle.

Rostros silenciosos le miraban desde las ventanas. Algunas sombras se insinuaban ya en los porches.

Glenn sabía que a su amigo Billy le gustaría, desde el otro lado de la gran frontera, ser transportado así. Que aquélla era la clase de entierro que hubiera elegido para el día de su muerte.

Llegó, en silencio, ante la casa donde Billy vivió.

Como en un sueño vio la expresión dramática de la mujer que había abierto la puerta, quizá intuyendo algo, porque el corazón de una madre es algo que difícilmente se engaña.

No necesitó ninguna palabra, al ver aquel cuerpo envuelto en las cortinas. Bruscamente, hundió la cara entre sus manos, y con una crispación de su garganta rompió en un apretado llanto.

Glenn dijo solamente:

—Busqué mucho tiempo a Billy, señora. Y lo he encontrado.

Luego, volvió la espalda, sintiendo como si, de repente, se hubiera vuelto viejo. Le parecía que ni el mundo ni la vida tenían sentido ya. Era como si él quisiera morir también, igual que si sus ilusiones, que la misión que se impuso, hubiera terminado con un absoluto fracaso. Porque él siempre quiso salvar a Billy Wild, sin saber que salvarlo era imposible, sin querer creer que, desgraciadamente, nunca en la vida se puede volver atrás.

* * *

El gran cartel indicaba el nombre del local. La luz, que parecía ir a apagarse, diríase que parpadeaba. Fue eso lo que le llamó la atención.

«HOTEL GLORIA»

Las grandes letras estaban allí, ante sus ojos. Fue entonces cuando lo recordó. Con un gesto brusco, como si despertara de un sueño, entró en el local.

El conserje de noche no le preguntó nada. Le conocía bien, y, además, sabía qué, durante unos días, llevó la estrella en la ciudad. Simplemente, se encogió, temeroso, y dijo a uno de los camareros que aún rondaba por allí:

—Muchacho, escóndete. Va a haber tomate…

Glenn, mientras tanto, había llegado al último piso. Todas las puertas estaban cerradas, confirmando lo dicho por el pistolero. Sólo una se encontraba entreabierta, despidiendo un resquicio de luz.

La empujó sin ruido. Lo que vio le hizo parpadear.

La chica era muy joven, casi una chiquilla. Estaba encogida en un ángulo de la habitación, mirando con horror al pistolero a quien Glenn ya conocía. Éste la miraba a su vez, balanceando suavemente una media, cuya parte inferior estaba llena de arena.

Dos manchas de sangre se marcaban en el rostro de la muchacha. La propia seda de la media le había desgarrado la piel.

Su cuello y sus hombros presentaban numerosas manchas moradas, así como sus piernas. Todo ello era visible, a causa de sus

ropas desgarradas. Sin duda, había recibido no una, sino varias brutales palizas.

El pistolero miró a Glenn, como si adivinara sus pensamientos.

—Y aún resiste —dijo—. Vaya, he visto chicas virtuosas, pero ninguna como ésta. Llega a un extremo de idiota.

Ella ni siquiera había mirado a Glenn. Daba por supuesto que era otro granuja, que venía a relevar al primero.

Hasta que la voz del joven sonó seca, cortante:

—Déjala.

—¿Qué? ¿Cómo?…

—He dicho que la dejes.

—¿Y quién eres tú para mandar eso?

Glenn dijo suavemente:

—Soy el amo de un revólver.

El pistolero le miró unos instantes, atónito, como si no le creyese. Luego fue soltando la media.

—¿Qué pretendes? —balbució.

—Me has oído perfectamente.

—Claro que: sí…, muchacho.

Y el pistolero se contorsionó como un reptil, mientras soltaba del todo la media rellena de arena, y trataba de «sacar» antes de que el otro se diera cuenta de sus intenciones.

Pero Glenn había tenido un buen maestro. Y él había sido un mejor discípulo…

La bala, pareció brotar de sus propios dedos. Su enemigo ni siquiera pudo seguir el movimiento con que el joven había empuñado el «Colt». Se encogió al sentir una quemadura en el pecho, y aún trató de disparar.

No pudo. Una segunda bala le penetró por el cuello, rompiendo sus vértebras cervicales, y causándole una inmovilidad total, que era el preludio de la muerte.

La muchacha, con expresión horrorizada, lo había visto todo, sin comprender aun lo que sucedía.

Glenn susurró:

—¿Puedes seguirme?

—Cla… claro que sí.

—Entonces, ven.

La voz femenina gimió:

—Señor…

—¿Qué?

—¿Ya sabe lo que ha hecho? ¿Se da cuenta de que…?

—No me harás cambiar de opinión, de modo que ahorra saliva. Sólo trato de que no te ocurra nada. En cuanto a mí…, igualmente estoy metido en el lío hasta las orejas, de modo que no importa un detalle más. Llévate un poco de ropa.

—Sí—…, sí, señor.

La muchacha, febrilmente, dominada aún por el miedo, recogió unas cuantas cosas. La prisa con que trataba de salir de allí era dolorosa y conmovedora a la vez.

—¿Adónde me lleva, señor?

—A otro hotel, donde estarás segura. Ése lo regenta una persona honrada.

Abrió la puerta, y oteó el corredor, revólver en mano.

No se veía a nadie.

—Adelante. Puedes salir.

La muchacha le siguió. Los dos descendieron hasta la planta baja, sin tener ningún tropiezo. El hombre que estaba tras el *comptoir* no se atrevió a decirles ni media palabra.

Glenn acompañó a la muchacha hasta otro hotel cercano, donde sabía podría estar segura, al menos por unas horas. Le mostró su habitación, y le recomendó que, sobre todo, no abriera a nadie, aunque desde fuera le asegurasen que era por su bien.

Luego, le tendió la mano.

—Aún no sé tu nombre —murmuró.

—Me llamo Elaine.

—De acuerdo, Elaine… Entonces, ya sabes lo que debes hacer. De ti depende que esto termine felizmente.

Ella le estrechó la mano con miedo, casi sin atreverse.

—Señor…

—No me llames así. Me haces viejo.

—¿Cuál es su nombre?

—Glenn.

Ella retiró la mano poco a poco, temerosamente.

—Sólo he de decirle una cosa, Glenn. Quizá le parezca extraño, pero no he conocido a un solo hombre que fuera bueno. Los que frecuentaban la casa de mi hermana eran… muy distintos de usted.

Pero usted me ha devuelto la fe en la vida.

—Pues procura no perder las dos cosas: la vida y la fe.

—Es usted el que debe tener cuidado. Lo que acaba de hacer no se lo perdonarán.

Glenn se encogió levemente de hombros.

—Ya te he dicho que, de todos modos, estaba metido en el lío hasta las orejas. Y, ahora, adiós.

Ella murmuró súbitamente:

—Glenn…

—¿Qué quieres?

De un modo impulsivo, sin que él pudiera evitarlo, la muchacha se alzó un poco sobre las puntas de sus zapatos y le dio un beso fugaz en mitad de la boca.

—Siempre he creído que un beso era pecado, Glenn. Quizá haya hecho esto porque en la vida hay algo más, algo que yo aún no he vivido. Y porque junto a hombres como tú todo puede ser distinto.

Glenn la miró fijamente, muy fijamente.

También en su interior había nacido algo nuevo, algo que parecía librarlo de un peso íntimo, como si, de pronto, se diera cuenta de que había algo hermoso y sincero, tras la venganza y la muerte.

—Volveré por ti —susurró—. Volveré por ti cuando esto haya terminado.

Y estaba seguro de que así sería. Estaba convencido de que aquella muchacha que nada pedía, iba a ser algo muy importante en su vida.

Cerró la puerta lentamente.

Cuando se encontró de nuevo en la calle, respiró hondamente el aire quieto de la noche. El revólver parecía quemar en su costado derecho. Avanzó poco a poco.

No se dio cuenta de que dos sombras le seguían.

De los dos hombres que iban tras él, sólo uno le había reconocido: Burton. El otro, Murray, no sabía a quién estaban siguiendo exactamente, y lo que deseaba era dejar cuanto antes aquella situación. Ya había matado a Billy Wild y, por tanto, no quería más complicaciones. Por otra parte, ya había ganado bastante dinero últimamente.

Con un gruñido, dijo a su compañero, mientras ambos

avanzaban por una zona de sombras:

—No busquemos más complicaciones, Burton. Las cosas se están poniendo difíciles en la comarca. Vamos a deshacer el grupo.

—¿Deshacerlo… ahora?

—Es lo mejor.

Los dientes de Burton rechinaron.

—Estábamos ganando dinero…

—No me gusta lo ocurrido esta noche. Tenemos un enemigo implacable encima, un enemigo que nos sigue los pasos, y lo peor es que no sabemos quién es. Dejaremos esto.

—Ahora, no, Murray.

—¿Por qué no?

—Es muy cómodo retirarse cuando uno quiere, sin consultar y sin tener en cuenta el interés de los otros.

—¿Por qué dices eso? ¿Porque tú no eres nada sin mí?, ¿verdad? —preguntó burlonamente Murray—. Porque si actúas solo, no sirves para nada…

Los dientes de Burton volvieron a rechinar.

—Ten cuidado con lo que dices, Murray.

—Y tú ten cuidado con lo que piensas. Podría acabar contigo, si me lo propusiera. Y puede que lo haga, si te pones estúpido.

—Estás acostumbrado a mandar, ¿verdad?

—Y mandaré siempre.

Burton había arqueado una ceja. Su expresión era indescifrable.

Los que le conocían sabían bien que aquella expresión era peligrosa, que presagiaba muerte. Pero Murray no llegaba a verle bien en aquella zona de sombras.

—No quiero disputas contigo —dijo secamente—. Tú obedece y calla. Cuando te necesite, si es que te necesito alguna vez, me pondré en contacto contigo.

Burton dijo suavemente:

—Cuando me necesites…

Aquella suavidad debió haber sorprendido a Murray, debió ponerle en guardia, advertirle que algo estaba cambiando en su compinche. Pero no lo notó, como tampoco notó el rápido movimiento de la derecha de Burton.

La detonación le dejó ciego, Sintió un dolor terrible en el pecho e intentó «sacar» a su vez.

Demasiado tarde.

Burton tenía todas las ventajas, y las aprovechó. Tiró a boca de jarro, volándole la cabeza.

—Esto tenía que terminar así… —masculló—. Un tipejo como tú queriendo darme órdenes…

Se volvió. Acababa de oír unos pasos a su izquierda. Sus ojos descubrieron entonces a aquella figura joven, pero rígida, aquella mirada de halcón y el revólver que los dedos engarfiaban.

Fue a disparar, fue a defender su miserable piel de perro.

Pero Glenn no perdió el tiempo. No le dio ninguna oportunidad. Fríamente, tiró dos veces, alcanzándole en el corazón. Burton no pudo lanzar ni un gemido.

Se derrumbó lentamente, sobre el cadáver de Murray, pero el joven que acababa, de matarle no le dirigió ni una sola mirada.

Lentamente, Glenn guardó el revolver. Y cargó sobre sus hombros el cuerpo de Murray.

Era extraño, pero diríase que en sus ojos brillaban dos lágrimas.

¿Por qué? ¿Por qué Glenn lloraba, por primera vez en su existencia?

Llego con el cadáver a la vieja, a la rica, a la lujosa casa. Un lugar que la madre de Billy Wild hubiera reconocido muy bien.

La puerta estaba abierta.

Una niebla como un sudario, parecía flotar sobre la ciudad.

Glenn entró poco a poco, como a un sonámbulo y deposito sobre una de las mesas el cadáver de su propio padre.

El compañero de Billy Wild, su único amigo, era en cierto modo su hermano. Pero Billy jamás lo supo.

Giró la cabeza poco a poco.

Ahora, la niebla no estaba fuera, en la calle. Estaba también en sus ojos.

En la puerta había aparecido Ethel, su madre. Pero ¿por qué Ethel iba vestida de aquel modo? ¿Por qué llevaba ropas masculinas? ¿Por qué…?

Las preguntas se agolpaban en la mente de Glenn Murray. Y todas ellas tenían una increíble y al mismo tiempo consoladora respuesta.

Porque Glenn recordaba muy bien a la extraña figura que, poco antes, con un rifle, le salvó la vida.

—Hace años… Hace años que lo sabía —dijo Ethel lentamente —, pero nunca me atreví a intervenir. Hasta que adiviné que tú corrías peligro, Glenn.

Pasó por su lado. Le acarició los cabellos de una manera muy suave, como en los tiempos que se habían ido para siempre, cuando Glenn era un niño.

—¿Adónde vas? —musitó él—. ¿Por qué no te quedas aquí?

—Sé que tú me necesitas —musitó Ethel—, y él también. Pero hay una mujer a la que hace años no ayudé, y que ahora tiene derecho, por lo menos, a mi consuelo y a mi compañía. Voy a ver a la madre de Billy Wild. Ahora, en este momento de angustia…, ¡ahora, la comprendo tanto!

Y salió lentamente de la casa, perdiéndose en la niebla.

FIN